

BOLSILIBROS
BRUGUERA

PUNTO
ROJO

¡EN QUE LIO ME HAS METIDO, SAMANTHA!

Joseph Berna



Era de noche.

Una noche bastante oscura, por cierto.

El cielo estaba encapotado y amenazaba lluvia. La temperatura era más bien baja.

Unos diez o doce grados.

El «Chrysler» de Paul Dawson, un modelo ya pasado, con varias abolladuras y algunas rascadas en la pintura, circulaba por una carretera solitaria.



Joseph Berna

¡En qué lío me has metido, Samantha!

Bolsilibros - Punto rojo - 893

ePub r1.0

Lds 20.02.18

Título original: *¡En qué lío me has metido, Samantha!*

Joseph Berna, 1979

Cubierta: Jorge Sempere

Colección PUNTO ROJO n.º 893. Bruguera – 1979

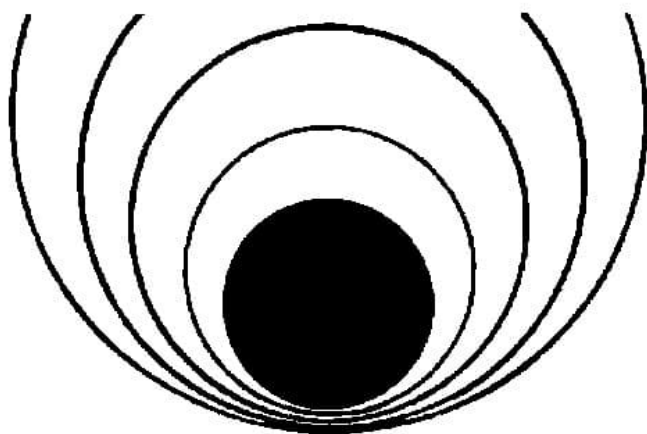
Colección PUNTO ROJO n.º 57. Ediciones B – 1994

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





PUNTO ROJO

[image]

CAPÍTULO PRIMERO

Era de noche.

Una noche bastante oscura, por cierto.

El cielo estaba encapotado y amenazaba lluvia. La temperatura era más bien baja.

Unos diez o doce grados.

El «Chrysler» de Paul Dawson, un modelo ya pasado, con varias abolladuras y algunas rascadas en la pintura, circulaba por una carretera solitaria.

Solitaria..., y con más baches de lo que sería de desear. Y qué baches.

Algunos de ellos eran tan profundos, que si a uno le pillaba descuidado no podía evitar el arrear en todo el coco contra el techo del automóvil.

Paul Dawson maldijo entre dientes.

¿Por qué se le ocurriría tomar aquella maldita carretera? Era peor que un campo a través.

A un aficionado al «*moto-cross*» le hubiera encantado circular por ella, pero a él le daba tres patadas en los...

Paul Dawson apretó las mandíbulas.

Acababa de pillar el bache más profundo de todos.

Aquello, más que un bache, parecía un cráter marciano. De nada le sirvió agarrarse fuertemente al volante.

Ni apretar el culo contra el asiento.

Todo él se fue para arriba. Violentemente.

«¡Clonk!».

Dio la impresión de que sonaba un «gong» de los baratos. Pero no.

Fue el cráneo de Paul Dawson que se había estrellado: contra el

techo del «Chrysler».

—¡Ay! —gritó Paul, yéndose inmediatamente para abajo—. ¡Maldita sea la...! —empezó a barbotar, mientras se masajeaba la testa con la mano diestra y controlaba el volante con la zurda.

De pronto, cuatro individuos surgieron por entre los abundantes matorrales que poblaban ambos lados de la carretera y le cortaron el paso.

—¡Alto, deténgase! —ordenó uno de ellos, deslumbrándole con una potente lámpara eléctrica.

Paul Dawson obedeció.

Cualquiera no obedecía.

El tipo que había dirigido la luz de su linterna contra el parabrisas del «Chrysler» esgrimía una pistola automática.

Y eso no era más que un simple juguetito comparado con lo que portaban los otros tres sujetos.

Metralletas.

Ellos portaban metralletas. Modernas.

Ligeras.

El último grito en artículos para matar.

El tipo de la linterna se acercó a Paul Dawson, apuntándole a la cabeza con su arma, una «*Parabellum*» capaz de cortar en seco el más furioso golpe de tos, con sólo verla.

O de provocar una diarrea.

O un infarto de miocardio, que aún sería peor. Paul Dawson escrutó al fulano.

Menuda pinta tenía...

Alto, extraordinariamente corpulento, con un rostro que parecía haber sido aplastado por la rueda trasera de un tractor.

Su boca era de lo más cruel.

Su mirada, de lo más asesina.

En sus tiempos, Al Capone, el famoso *gángster*, no hubiera tenido el menor inconveniente en admitirlo a su servicio.

Ni a él, ni a sus compañeros.

Eran tres auténticas «joyas», también. A cuál de ellos más fornido.

A cuál de ellos más feo.

A cuál de ellos más bruto.

Paul Dawson, que no era de los que se asustaban fácilmente,

sacó la cabeza por la ventanilla y advirtió al individuo que le encañonaba con la «*Parabellum*»:

—Si esto es un atraco, pierden lastimosamente el tiempo, compañeros. Sólo llevo doce dólares y algunos centavos encima, pueden comprobarlo si lo dudan.

—Cierre el pico, amigo —masculló el tipo.

—¿No es un atraco?

—Le he dicho que se calle.

—Ya soy tumba.

El tipo alumbró el interior del coche con su linterna. Como si buscara algo. O a alguien...

Luego, intentó abrir el maletero.

No pudo, pues estaba cerrado con llave. El tipo de la pistola gruñó:

—Salga del coche y abra el maletero.

—¿Para qué? No llevo nada en él... —repuso Paul.

—¡Obedezca! —Ladró el fulano, poniendo cara de perro.

Paul estuvo a punto de preguntarle si estaba vacunado contra la rabia. Y si tenía licencia para salir de casa sin bozal.

No lo hizo, claro.

Al tipo le hubiera sentado muy mal.

Paul abrió la portezuela y saltó al suelo. Con agilidad.

No tenía más que veintisiete años, y se preocupaba bastante de mantener su forma física.

De ahí que no tuviera ni un gramo de grasa. Todo eran músculos.

Unos músculos fuertes y vigorosos que estaban deseando entrar en acción, pero Paul, un joven sensato, supo contenerse.

Sería suicida enfrentarse, sólo con los puños, a una pistola automática y tres metralletas último modelo.

Caminando con cierta indolencia se acercó al maletero, introdujo la llave en la cerradura, y lo abrió.

El maletero, efectivamente, estaba vacío. Paul sonrió.

—¿Ve como no hay nada, desconfiado? El tipo soltó un gruñido.

—Ciérrelo y vuelva a meterse en el coche.

—¿Por qué no me dice a qué estamos jugando?

—¿Quiere ver cómo lo mando al otro mundo? —amenazó el fulano, presionando ligeramente el gatillo de la «*Parabellum*».

—Prefiero seguir en éste, si no le importa —carraspeó Paul, y se apresuró a cerrar el maletero.

Luego, se metió en el coche.

Miró al tipo de la pistola, como preguntando:

—¿Y ahora qué?

—Lárguese —ordenó el individuo, que había vuelto a poner cara de perro.

A Paul le entraron ganas de echarle un hueso, para que se entretuviese royéndolo, pero como no tenía ninguno, se limitó a poner el motor en marcha.

Los fulanos de las metralletas se hicieron a un lado, dejándole el camino libre.

El «Chrysler» arrancó y comenzó a alejarse. Paul Dawson miró por el espejo retrovisor.

Los cuatro individuos seguían allí, en la carretera, viendo cómo se alejaba. Paul no entendía nada.

¿Quiénes serían aquellos tipos?

¿Por qué le habían detenido?

¿Qué diablos buscaban?

La carretera torcía a la derecha y Paul dejó de ver a los individuos por el espejo. Apenas tomar la curva, un nuevo personaje hacía su aparición.

Por entre los arbustos, también, como los tipos de antes. En esta ocasión, sin embargo, se trataba de una mujer. Una muchacha joven.

De no más de veintitrés años. Bastante alta.

Morena. Bonita.

Sorprendentemente, la chica se plantó en medio de la carretera.

Paul Dawson se vio obligado a frenar con brusquedad, para no atropellarla.

Aun así, el morro del «Chrysler» quedó a menos de un palmo de las piernas de la muchacha, la cual, instintivamente, se dobló hacia adelante y puso una mano sobre el coche.

Con la otra siguió manteniendo cerrada la gabardina de hombre con la cual se cubría.

Antes de que Paul Dawson pudiera decir nada, la chica corrió hacia la portezuela de la derecha, la abrió precipitadamente, y se introdujo en el auto.

—¡Arranque, deprisa! —indicó, cerrando la portezuela. Paul Dawson continuó quieto.

Observando a la muchacha. Absolutamente perplejo.

Y había motivos para ello, gabardina de hombre aparte. La chica iba descalza.

Ni siquiera llevaba medias.

Y su negro pelo chorreaba agua.

Al sentarse con precipitación, la gabardina se había abierto por abajo, dejándole al descubierto las rodillas y por lo menos quince centímetros de muslo.

Paul pudo apreciar que la muchacha tenía unas piernas largas. De piel suave y morena.

Preciosas de verdad.

Paul se preguntó si la chica llevaría alguna ropa debajo de la holgada gabardina. El juraría que no.

En todo caso, la interior.

De la forma que ella se apretaba la gabardina contra su cuerpo...

—¡Por Dios, ponga el coche en marcha, se lo suplico! —insistió la muchacha, volviendo la cabeza y mirando por el cristal de atrás, nerviosamente.

—¿La persigue alguien? —interrogó Paul.

—¡Sí, sí!

Paul Dawson ya no esperó más.

El «Chrysler» arrancó y ganó rápidamente velocidad. Pero fue una velocidad moderada.

—¿No puede ir más deprisa? —preguntó la joven morena, aunque fue más un ruego que una pregunta.

Paul movió la cabeza en sentido negativo.

—Esta carretera está muy mal, señorita. Hay numerosos baches, y si piso el acelerador a fondo, corremos el peligro de salirnos de la carretera y estrellarnos contra un árbol.

—Vaya lo más rápido que pueda, por favor —suplicó ella, mirando nuevamente por el cristal de atrás.

Paul dio un suspiro.

—Procuraré complacerla —dijo, y aceleró un poco. La chica esbozó una sonrisa.

—Gracias.

Paul la miró un instante.

Comprobó que ella se había cerrado totalmente la gabardina, ocultando sus tentadores muslos y sus bonitas rodillas.

—¿Cómo se llama? —preguntó. La muchacha vaciló.

—¿No quiere decirme su nombre?

—Samantha —respondió ella, por fin.

—Yo me llamo Paul. Paul Dawson.

La chica miró otra vez por el cristal de atrás.

—¿Quién la persigue, Samantha? —interrogó Paul.

La muchacha pareció que iba a responder cuando, repentinamente, sin causa aparente, se desvaneció, cayendo sobre Paul Dawson.

Éste tardó solo unos segundos en detener el coche.

—¡Samantha! —exclamó, incorporando con suavidad a la joven.

Fue entonces cuando la gabardina se abrió.

Los ojos de Paul Dawson se dilataron.

—Dios mío... —musitó, estremecido de horror.

CAPÍTULO II

Como Paul había supuesto, la chica que dijo llamarse Samantha no llevaba prenda alguna bajo la gabardina.

Ni siquiera un reducido *slip*.

En circunstancias normales, Paul Dawson hubiera lanzado un silbido de admiración, porque la muchacha poseía un cuerpo espléndido.

Pero aquel cuerpo joven y esbelto, había sido torturado.

Brutalmente torturado. Salvajemente torturado.

Los pechos, el vientre, las caderas, la parte alta de los muslos...

Todo se hallaba salpicado de pequeñas heridas y dolorosas quemaduras.

Las heridas, muy dolorosas también, parecían haber sido producidas con un cortaúñas. Eran verdaderas muescas en la carne. Algo horrible.

Las quemaduras, no cabía la menor duda, habían sido producidas por la brasa de un cigarrillo. En algunas de ellas aún podían apreciarse restos de ceniza.

Por fortuna, Paul Dawson era estudiante de Medicina —sólo le faltaba un curso para doctorarse— y tenía el estómago fuerte.

De no haber sido así, lo más probable es que hubiese sentido náuseas.

Era verdaderamente estremecedor lo que habían hecho con aquella pobre muchacha. Cómo debió sufrir, la desgraciada.

Paul no se explicaba cómo, en aquel estado, la joven había tenido fuerzas suficientes para escapar de los canallas que la tenían en su poder.

Y lo que aún era más sorprendente: no emitió el más leve gemido desde que subió al coche hasta que se desmayó.

O sabía soportar muy bien el dolor, o le aterrorizaba tanto caer nuevamente en manos de los bastardos que la habían torturado que, en su afán de huir, ni siquiera sentía las heridas y las quemaduras que tenía en el cuerpo.

En cualquiera de los casos, llegó un momento en que no pudo resistir más y se desvaneció.

Paul Dawson reaccionó.

Tenía el presentimiento, casi la certeza, de que los autores de la canallada eran los cuatro individuos que pocos minutos antes le habían hecho parar en la carretera.

El de la pistola automática y los de las metralletas. Sí.

Seguro que fueron ellos.

Por eso le detuvieron y uno de ellos buscó en el interior del coche y del maletero.

La chica se les había escapado, de algún lugar cercano a la carretera, y ellos temieron que él se hubiera tropezado con ella y la hubiese escondido en su coche.

Y así sucedió, sólo que, afortunadamente, después de que ellos le hubieran obligado a detenerse en la carretera.

Pero aún estaban cerca.

Podían aparecer de nuevo de un momento a otro. Había que alejarse cuanto antes de aquel lugar.

Paul Dawson recostó con delicadeza a la infortunada muchacha en el asiento y le cruzó la gabardina, ocultando su desnudo y martirizado cuerpo.

Seguidamente puso el coche en marcha. Pisó el acelerador.

A fondo.

Ya no le importaba que hubiera baches. Eran menos peligrosos que los tipos.

CAPÍTULO III

Treinta minutos después, Paul Dawson estacionaba su «Chrysler» frente al edificio de apartamentos donde vivía.

Se alzaba en uno de los barrios más modestos de la populosa ciudad de Los Ángeles. Y, a la vez, más tranquilos.

Esto, y lo avanzado de la hora, eran la causa de que no hubiese nadie por la calle.

Nadie, por tanto, vio a Paul Dawson sacar de su coche, en brazos, a la chica morena, que seguía desvanecida.

Paul la subió rápidamente a su apartamento, ridículamente pequeño, y la depositó sobre su cama.

Acto seguido se despojó de la chaqueta de pana, bajo la cual llevaba un ligero *jersey* negro, de cuello alto, y fue por el botiquín.

Durante la larga cura, la muchacha no se despertó. Mejor.

Además de doloroso, hubiera sido violento para ella. Y embarazoso para él.

Concluida la cura, Paul puso su mano sobre la frente de la joven. Tenía un poco de fiebre.

Era lógico.

En cuanto volviese en sí, le haría tomar una píldora y la fiebre desaparecería. Paul cubrió el cuerpo de la chica con la ropa de la cama.

La gabardina de hombre yacía en el suelo. Paul la recogió y revisó los bolsillos.

No había nada en ellos.

Paul dejó la gabardina sobre la única silla que había en la reducida habitación y luego se sentó a los pies de la cama.

Contempló a la muchacha.

¿Quién sería?

¿Por qué la habrían torturado?

¿Qué secreto guar...?

Paul Dawson interrumpió sus pensamientos. La joven había empezado a mover la cabeza. Primero, débilmente.

Poco a poco la fue moviendo más aprisa. De pronto, todo su cuerpo se agitó.

Como estremecido por una descarga eléctrica.

—¡No! —gritó, sin abrir los ojos y sin apenas despegar los labios —. ¡Eso no! ¡No lo hagáis, canallas! ¡No...!

Paul Dawson, adivinando que la muchacha estaba reviviendo en sueños los horrorosos momentos de la tortura, se apresuró a despertarla.

—¡Samantha! —llamó, cogiéndola por los hombros. Ella siguió agitándose.

—¡No, no, no! ¡Por favor, no! ¡Ay...!

—¡Samantha, despierta! ¡Estás a salvo, nadie te hace daño!

Las palabras de Paul, acompañadas de un violento zarandeo, hicieron volver en sí a la muchacha.

Miró a Paul Dawson con ojos aterrados. Como si no lo reconociera.

Paul, para tranquilizarla, le acarició suavemente el cabello, ligeramente húmedo todavía.

—Cálmate, Samantha. Estabas soñando... Ella siguió con los ojos muy abiertos. Temblorosa.

Asustada.

—¿Quién es usted? —murmuró.

—Paul Dawson. ¿No te acuerdas de mí? Te recogí en la carretera. La chica empezó a recordar.

—Oh, sí, el coche azul... Usted iba al volante.

—Exacto —le sonrió Paul.

—¿Qué pasó? ¿Dónde estoy?

—Te desvaneciste de pronto, Samantha. Y me diste un buen susto, porque no me habías dicho lo que habían hecho contigo.

—No me dio tiempo —musitó la joven, bajando la mirada.

—Sí, eso es verdad. Te desvaneciste apenas un par de minutos después de haber subido al coche. Caíste sobre mí. Yo detuve el auto y te incorporé. Entonces, se te abrió un poco la gabardina y descubrí que...

Los ojos de la muchacha se humedecieron.

—Fue horrible... —dijo, apagadamente.

—¿Quién te torturó?

—Dígame primero dónde estoy.

—Tutéame, por favor. ¿No ves que yo ya he dejado de llamarte de usted? La joven sonrió levemente.

—Dime dónde estoy, Paul.

—En mi apartamento. Es una caja de cerillas, pero me apaño. Samantha reparó en la gabardina que ella llevara puesta.

—Veo que me quitaste la gabardina...

—Era necesario, para poder atender mejor tus heridas y tus quemaduras. La joven le miró y volvió a sonreír.

—Debiste hacer un buen trabajo, pues noto un gran alivio en ellas. Especialmente, en las quemaduras.

—Por suerte para ti, soy estudiante de Medicina, y sabía lo que había que hacer y qué remedio aplicar, para mitigar el dolor.

—¿De veras estudias Medicina...?

—Cuando acabe este curso, seré médico.

—Oh, eso es magnífico, Paul —se alegró la muchacha.

—Mis sacrificios me ha costado, no creas. No tengo padres que costeen mis estudios, y tengo que trabajar de vez en cuando, para conseguir dinero. Ésa es la razón de que viva en un apartamento tan modesto y que mi coche de pena. Pero ya falta poco para llegar a la meta.

—Te admiro, Paul.

—¿Vas a decírmelo o no?

—¿El qué?

—Quién y por qué te torturó.

El rostro de Samantha se ensombreció.

—Fueron cuatro tipos... Me sorprendieron y me propinaron un golpe en la cabeza, dejándome sin sentido. Cuando lo recobré, me encontré en una especie de sótano, frío y húmedo. Me habían puesto contra la pared, sujetas las manos y los pies por unas argollas. Los tipos estaban allí, frente a mí, observándome fríamente. Querían que les diese cierta información. Como yo me negué a dársela por las buenas, recurrieron a la tortura. En sólo unos segundos desgarraron toda mi ropa, dejándome completamente desnuda. Tres de ellos comenzaron a aplicarme las

brasas de sus cigarrillos en el cuerpo. El otro individuo prefirió morderme la carne con su cortaúñas. El dolor era tan insufrible que me desmayé un par de veces... Ellos me reanimaban arrojándome cubos de agua a la cara, y volvían a la carga. Sufrí un tercer desvanecimiento. Cuando me arrojaron el agua, fingí no recobrar el sentido. La treta salió bien, pues los tipos decidieron tomarse un descanso. Tres de ellos abandonaron el sótano; el otro, quedó vigilándome, para avisar a sus compañeros en cuanto yo me despertara.

La joven hizo una pausa y prosiguió:

—El tipo que quedó conmigo, con gran sorpresa por mi parte, me soltó y me tendió en el suelo. Descubrí sus sucias intenciones en cuanto vi que se desabrochaba el cinturón y se echaba sobre mí. Yo, aunque apenas me quedaban fuerzas, decidí entrar en acción. No podía permitir que el muy bastardo abusara de mí, aprovechando la ausencia de sus compañeros. Levanté velozmente la mano derecha y le propiné un seco golpe en la frente con el canto. Tengo conocimientos de karate. Con un golpe así, se puede causar incluso la muerte. Pero mis fuerzas eran tan escasas, que sólo lo dejé sin sentido por unos instantes. Suficientes, no obstante, para escapar del sótano. Desnuda, pues toda mi ropa estaba hecha jirones. Por fortuna, al salir del sótano, descubrí una gabardina sobre una silla. Me la puse rápidamente y huí de la casa. Casi enseguida oí gritar al individuo que había tenido intención de violarme. Advertía a sus compañeros de mi huida. Inmediatamente se lanzaron los cuatro en mi busca, empuñando sus armas. Uno de ellos portaba una linterna eléctrica. Yo me escondí entre los matorrales. Seguramente hubieran acabado encontrándome, pero Dios quiso que pasaras tú por allí en aquellos angustiosos momentos, y...

—¿Sabes que esos tipos detuvieron mi coche poco antes de que me pararas tú? —informó Paul.

—¿De veras...?

—Sí.

—¿Qué te dijeron?

—Nada. Me mantuvieron encañonado mientras registraban mi coche y luego me ordenaron reanudar la marcha.

—Me buscaban a mí.

—Ya lo supongo.

Samantha sacó un brazo y se tocó la frente.

—¿Tengo fiebre, Paul?

—Sí, algunas décimas. Se te irán si te tomas esto. —Dawson le ofreció una píldora y un vaso de agua, que cogió de la mesilla de noche.

—¿Me dará sueño, Paul?

—No creo. ¿Por qué lo preguntas?

—Es que no debo dormirme.

—Pues te sentaría muy bien dormir diez o doce horas seguidas, te lo dice un futuro médico.

Samantha sonrió suavemente.

—Me gustaría, te lo aseguro. Pero no puedo.

—¿Por qué?

—Tengo que marcharme.

—No te dejaré.

—Es preciso, Paul.

—No estás en condiciones, Samantha. Además, no tienes ropa. No puedes salir a la calle completamente desnuda bajo una gabardina de hombre. El primer policía que te viera, te detendría.

—Tú puedes conseguirme ropa, Paul.

—¿Yo...? No sé de dónde.

—Eres un moreno muy atractivo, ¿no lo sabías?

—Si tú lo dices...

—Seguro que conoces a muchas chicas.

—Algunas, sí.

—Cualquiera de ellas podría prestarte la ropa que necesito. Dawson enarcó las cejas.

—¿Pretendes que yo...?

—Necesito que me hagas ese favor, Paul.

—Pero...

—Sabré agradecértelo, te lo prometo.

—Si estás pensando en ofrecerme dinero, olvídalo.

—Andas escaso de fondos, Paul, y quinientos dólares podrían...

—Yo no acepto dinero de una mujer, Samantha.

—¿Qué puedo ofrecerte, entonces?

—Nada, no tienes que ofrecerme nada.

—¿Ni siquiera un beso?

—Bueno, eso nunca lo rechazo —sonrió Paul, y selló los labios

femeninos con los suyos. Se recreó en la caricia.

Samantha tampoco parecía tener ninguna prisa en terminar. Cuando Paul separó su boca de la de ella, la joven elogió:

—Besas muy bien, Paul.

—Tampoco tú lo haces mal.

—Si las circunstancias fuesen otras, lo haríamos.

—¿El qué?

—El amor.

—Caramba, tú no te andas por las ramas, Samantha.

—Soy una chica liberada.

—Y muy bonita.

—Pero tengo el cuerpo hecho un asco, no puedo ofrecértelo.

—Ni las heridas ni las quemaduras son importantes, pronto estarás bien.

—Eso espero. Anda, sé bueno y ve en busca de la ropa que necesito.

—Insisto en que no estás en condiciones de salir a la calle, Samantha.

—Tengo que hacerlo, Paul. He de ver a alguien, es muy importante.

—¿Qué eres tú, Samantha?

—No me hagas esa clase de preguntas, Paul.

—Dijiste que tienes conocimientos de karate.

—Es verdad.

—Y posees una gran capacidad de sufrimiento...

—No opinarías igual, si me hubieses visto chillar y retorcerme de dolor cada vez que aquellos hijos de perra aplicaban las brasas de sus cigarrillos sobre mi cuerpo desnudo y el cortaúñas mordía mi carne como si de un pequeño ratoncillo se tratara.

—En el coche no te quejaste ni una sola vez.

—Tenía cosas más importantes que hacer.

—¿Pertenece al Servicio Secreto, Samantha?

—Por favor, Paul —rogó la muchacha, apartando la mirada.

—Está bien, si no te fías de mí... —Dawson hizo ademán de levantarse, pero ella le retuvo por un brazo.

—Claro que me fío de ti, Paul.

—A lo mejor ni siquiera te llamas Samantha —rezongó Dawson.

—¿Qué importa eso?

—Yo te di mi verdadero nombre.

—Eso a mí no me comprometía lo más mínimo. En cambio, a ti sí podría comprometerte el saber cosas de mí. Es lo que quiero evitar, Paul. Eres un tipo excelente, y si te sucediera algo por mi culpa, no me lo perdonaría jamás.

—¿Qué puede sucederme?

—¿Quieres dejar de hacer preguntas, Paul?

—Eso, encima enfádate conmigo —gruñó Dawson.

—No me enfado, Paul. Pero respeta mi silencio, por favor. Debes entender que lo hago por tu bien.

Dawson suspiró.

—De acuerdo, no haré más preguntas.

—Gracias.

—Voy a ver si te consigo algo de ropa.

—Procura que sea de mi talla.

—¡No me lo pongas más difícil, demonios! Samantha rió.

—Tonto, que sólo era una broma.

—Volveré lo antes que pueda.

—Dame otro beso antes de irte, Paul. Dawson se inclinó y se lo dio.

Luego, atrapó su chaqueta y salió de la pequeña habitación, abandonando el apartamento.

CAPÍTULO IV

Nora Ewell. Veintidós años. Rubia.

Ojos azules. Boca sensual...

En conjunto, su cara resultaba muy atractiva. Tampoco de su figura había nada que decir. Nada malo, se entiende.

De bueno, se podía decir mucho.

Y, en aquel momento, más que en ningún otro. Sí, porque Nora Ewell se hallaba bajo la ducha.

El agua, algo más que tibia, caía en aquel instante sobre sus senos, plenos y erguidos, tentadoramente acabados, y desde allí se deslizaba hacia el vientre, casi plano, las caderas, de curvas no excesivamente pronunciadas, pero no por ello menos sugestivas, y los muslos, largos, maravillosamente torneados.

Nora se dio la vuelta y permitió que el agua le acariciara la espalda..., y lo que sigue después, que era perfecto, también.

No se frotaba el cuerpo.

En realidad, aquello no era una limpieza corporal.

El cuerpo de Nora Ewell estaba de lo más limpio, pues se había duchado y enjabonado de arriba abajo poco antes de la cena, apenas volver de la oficina donde ella trabajaba como mecanógrafa.

Aquélla era una ducha de «relax». Para tranquilizar los nervios.

Los de Nora Ewell, de un tiempo a esta parte, estaban casi siempre de punta. Especialmente, por la noche.

Tardaba mucho en conciliar el sueño. Demasiado.

Aquella noche, como otras muchas, se había levantado de la cama después de haber dado infinidad de vueltas por ella, se había puesto la bata sobre el cortísimo camisón de encaje negro, y se había metido en el cuarto de baño, con la esperanza de que la ducha de agua caliente la relajara un poco y le permitiese dormirse

y pasar el resto de la noche tranquila.

Nora ya llevaba algunos minutos recibiendo la dulce caricia del agua caliente y, en efecto, sus alterados nervios se habían serenado bastante.

Más, incluso, que en las noches precedentes.

Contenta por ello, Nora Ewell cerró la llave de la ducha y abrió la mampara de cristal translúcido, saliendo de la rosada bañera.

De pie sobre la esponjosa alfombrilla de goma, y después de despojarse del gorro de plástico que había protegido su largo cabello del agua, procedió a secarse el cuerpo con la toalla.

Con suavidad.

Si lo hacía vigorosamente, corría el peligro de irritarse de nuevo y de nada habría servido la relajante ducha.

Mientras se secaba, se contempló detenidamente en el espejo de cuerpo entero del armario metálico.

De pronto, frunció el ceño.

¿Qué más quería el bribón de Paul Dawson?

¿El busto de la Mansfield o de la Ekberg?

¿Las caderas de la Monroe o de la Loren?

¿Las piernas de la Andress o de la Welch?

¡Vamos, hombre!

Ella no llegaba a tanto, pero tampoco se quedaba muy lejos. Y era dulce y cariñosa.

Y sabía cocinar.

Y no le daba pereza levantarse temprano. Ni empuñar la aspiradora.

Ni tender la ropa.

Ni ir al supermercado...

Hubiera sido una buena esposa para Paul Dawson. Una magnífica esposa.

Pero no.

Él no quiso casarse con ella.

Divertirse, sí; pero ni hablar de matrimonio.

Lo dijo bien claro la noche que ella, tras su habitual encuentro amoroso, más prolongado e intenso que nunca, le planteó la papeleta.

Allí acabó todo, porque ella también habló claro, y le mandó lejos, muy lejos.

Tan lejos, que no lo había vuelto a ver. Ni ganas.

Odiaba a los hombres que sólo buscan de las mujeres unas horas de placer, cuantas más mejor, y que huyen de toda responsabilidad como el gato escaldado del agua hirviendo. Y Paul Dawson era de éstos.

¡Al infierno con él, pues!

Nora Ewell ya no pasaba la toalla por su piel con suavidad, sino con creciente vigor. Con creciente rabia, más bien.

Pensar en Paul Dawson la había puesto furiosa. Siempre le sucedía igual.

En realidad, él era el único responsable de que ella tuviese continuamente los nervios a flor de piel y durmiese poco y mal por las noches.

Se esforzaba por apartarlo de su mente, por olvidarse por completo de él, pero... no lo conseguía.

Había sentido amor por él, auténtico y verdadero amor, y era difícil arrancarlo de su corazón.

«¡Maldito hijo de...!», gritó con el pensamiento, al tiempo que arrojaba la toalla al suelo, furiosamente.

Se puso el camisón con bruscos movimientos, se enfundó la bata encima, y salió del cuarto de baño casi al trote.

Notó los ojos húmedos.

Sentía deseos de llorar, pero se contuvo.

No quería derramar ni una sola lágrima más por culpa del bastardo de Paul Dawson. Demasiadas había derramado ya, desde que rompió con él.

Se dispuso a meterse en la cama, aun sabiendo que iba a tardar horas en dormirse. Sus nervios, pese a la relajante ducha, se hallaban más de punta que nunca.

Colocó correctamente la almohada.

Era tanta su irritación, que creyó ver que la almohada se transformaba en un hombre. Alto, moreno, fuerte, apuesto...

Paul Dawson.

Un Paul Dawson sonriente. Socarrón.

Y en pijama...

Le pareció oírle decir: «De boda, nada, nena».

A Nora Ewell le entraron unas ganas locas de estrangularlo. Y no se contuvo.

Saltó sobre él fieramente, lo agarró por el cuello, y apretó con fuerza.

—¡Saca un palmo de lengua, maldito! —rugió, fuera de sí. Tal cosa no ocurrió, claro.

Las almohadas no tienen lengua.

Nora Ewell siguió apretando con sus crispadas manos. Súbitamente, sonó el timbre del apartamento.

Nora dio un respingo.

El timbrazo la había devuelto a la realidad.

Sintió nuevamente deseos de llorar, al verse de rodillas sobre la almohada, intentando estrangularla.

—¡Dios mío, me estoy volviendo loca! —gimió, asustada—. ¡Si no consigo borrar de mi mente el recuerdo de ese cochino de Paul Dawson, acabaré cogiendo moscas!

El timbre volvió a sonar.

Nora Ewell saltó de la cama y corrió a abrir.

Lo hizo, pero sin despasar la cadena de seguridad.

A aquellas horas de la noche, una chica que vive sola debe tomar ciertas precauciones. Las violaciones nocturnas estaban a la orden del día.

Nora Ewell dilató los ojos al ver que se trataba de Paul Dawson. Un instante después, los cerraba apretadamente.

No.

No podía ser verdad.

Era nuevamente producto de su imaginación. Otra jugarreta de sus alterados nervios.

Primero, la almohada se transforma en el maldito de Paul. Ahora, le parecía verlo al otro lado de la puerta.

Pero Paul Dawson no estaba allí.

Seguro que ni siquiera había sonado el timbre. Nada era realidad.

—¿Te ocurre algo, Nora?

Nora Ewell respingó cómicamente al escuchar la voz de Paul Dawson. Abrió los ojos de golpe.

—¡Cállate, fantasma!

Quien respingó ahora fue Paul Dawson.

—¿Cómo?...

—¡Esta vez no me dejaré engañar! ¡No se repetirá lo de la

almohada!

—¿Almohada?...

—¡Quise estrangularla porque creí que eras tú! ¿No es para morir de risa? —Nora rió con fuerza, de un modo no muy normal.

Paul Dawson se rascó la cabeza.

—A ti te pasa algo, Nora...

—¡Claro que me pasa! Que te veo en todas partes y no estás en ninguna. ¿No es gracioso? —volvió a reír la joven.

—Déjame pasar, por favor.

—¿Por qué no pasas a través de la puerta?

—¿Qué? —Pestañeó Paul.

—¡Eres un fantasma, puedes atravesar puertas y paredes!

—Huy, me parece que tú has empujado el codo... —murmuró Paul.

—No, pero creo que voy a hacerlo. Agarrar una buena «turca» puede ser la solución. ¿Te apetece un trago a ti, fantasma?

—Si me dejas entrar...

—¡Sí, hombre, claro que te dejo entrar! —rió Nora, y despasó la cadena de seguridad—. ¡Adelante, fantasma! —invitó, con una exagerada reverencia.

Tan exagerada, que por la parte de arriba de la bata asomaron casi totalmente sus hermosos senos.

Paul Dawson soltó un carraspeo, porque aquella visión le recordaba escenas altamente excitantes, y penetró en el apartamento de la muchacha, mucho más amplio y moderno que el suyo.

Nora Ewell cerró la puerta y fue directamente hacia el mueble bar, generosamente surtido.

—¿Qué quieres tomar, fantasma?

—¿Por qué no dejas de llamarme fantasma? —Gruñó Paul.

—¡Porque lo eres!

—Soy de carne y hueso.

—¡No te esfuerces, no conseguirás engañarme!

—Tócame y te convencerás.

—Sí, será divertido —rió Nora, acercándose a él. Le tocó las mejillas, la nariz, la boca...

—Hay que ver de lo que es capaz una mente trastornada —murmuró—. Siento como si te estuviera tocando de verdad...

—Y así es.

—No, yo sé que no lo es.

—¿Quieres que te toque yo a ti, a ver si así te convences de que...?

—Hazlo, sí. Puede ser más divertido aún.

Paul le pasó el brazo por la cintura, la atrajo hacia sí, y la besó en los labios con ganas, a la vez que su mano se introducía por la parte de arriba de la bata, se deslizaba por debajo del fino camisón, y acariciaba el pecho femenino.

Nora ahogó un gemido de placer.

Un placer tan profundo, tan auténtico, tan real, que empezó a sospechar que Paul Dawson estaba allí en persona. Besándola con pasión. Abrazándola con fuerza. Acariciándola con avidez...

¡Por todos los diablos del infierno!

¿Cómo podía haber sido tan tonta?

¡Paul Dawson había ido a verla y ella, en lugar de estrangularlo de verdad, le había dado permiso para que la tocara! Nora Ewell reaccionó.

Propinó un violento empujón a Paul Dawson y lo tiró sobre el sofá.

—¡Nora! —exclamó Paul, perplejo.

—¡Eres tú! —rugió ella, roja de ira.

—En ningún momento dije que fuera otro.

—¿Cómo te has atrevido a...?

—Tú me autorizaste a ponerte las manos encima —recordó Paul.

—¡No me refería a eso!

—¿A qué, entonces?

—¿Qué diablos haces en mi apartamento? ¡Y a estas horas! Paul se pasó la mano por la mejilla, sin levantarse del sofá.

—Necesito que me hagas un favor, Nora.

—¡Lo siento, pero tendrás que desahogarte con otra! Paul carraspeó.

—Te equivocas, Nora. No es una mujer lo que necesito.

—¿Tan sobrado andas de ellas?

—La verdad es que no.

—Claro. No todas las chicas son tan tontas como yo.

—Tú no tienes nada de tonta, Nora.

—Contigo, lo fui. Me entregué a ti sin reservas, porque creí que

me querías.

—Te quería... y te sigo queriendo.

—¡Ja!

—Tú sabes que es cierto.

—En cuanto te hablé de matrimonio, te quitaste la careta.

—No me quité ninguna careta. El matrimonio no entra en mis planes, por ahora, y así te lo dije. Pero eso no significa que...

—Basta ya de farsa, Paul. Tú no deseas casarte conmigo y yo tampoco deseo ya que lo hagas.

—¿Has dejado de quererme?

—Sí.

—¿Tan pronto?

—Se puede dejar de querer a una persona en un día. En una hora. En unos minutos.

—A mí me va a costar mucho más olvidarme de ti.

—No seas cínico.

—Te hablo con el corazón en la mano.

—Por mí te lo puedes meter en...

—No digas palabrotas.

—Estoy en mi casa y puedo hacer y decir lo que se me antoje.

—Antes eras una chica educada.

—Antes era muchas cosas. Idiota, entre ellas.

—No discutamos más, por favor.

—Lárgate y no habrá discusión.

—Me iré enseguida que me des lo que he venido a buscar.

—¿Y qué es lo que has venido a buscar?

—Ropa.

—Te la llevaste toda, la noche que reñimos.

—Es ropa tuya, lo que necesito.

—¿Qué...? —Pestañeó Nora.

—Un «*slip*», un par de medias, un par de zapatos, una falda, una blusa y un *jersey* o un chaquetón. No te pido un sujetador, porque sé que tú no los usas. Además, tampoco creo que Samantha lo necesite.

—¿Samantha?... ¿Quién es Samantha?

—La chica que aguarda desnuda en mi apartamento. Nora Ewell apretó los labios.

—¿Y por qué está desnuda?

—Unos desalmados la atacaron y le destrozaron toda la ropa.

Por fortuna, la chica pudo escapar de ellos. Yo la recogí en la carretera y la llevé a mi apartamento, donde atendí las múltiples heridas que le causaron esos bastardos.

Nora no pudo evitar un estremecimiento.

—¿La violaron? —musitó.

—No, escapó antes. Pero su cuerpo da pena, te lo aseguro.

—Qué canallas.

—Sí.

—Presentará la correspondiente denuncia, supongo.

—No, no creo que lo haga.

—¿Por qué?

—Es una chica extraña, misteriosa. Yo intenté averiguar cosas sobre ella, pero sólo me dijo su nombre... y sospecho que es falso.

—¿En serio...?

—Juraría que sí. Hubo un silencio.

—¿Quieres prestarme esa ropa, Nora?

—Desde luego. Voy por ella.

—Gracias.

Nora Ewell se introdujo en su habitación.

Mientras esperaba, Paul Dawson extrajo sus cigarrillos y se llevó uno a los labios, prendiéndole fuego con su encendedor a gas.

Nora no tardó en regresar con una bolsa de deporte, en la cual había metido todo lo que le pidiera Paul.

—Aquí tienes.

Paul se puso en pie y tomó la bolsa.

—Te lo devolveré lo antes posible, Nora —prometió—. No hay prisa.

—Bien, gracias de nuevo.

—Lo hago por esa pobre chica, no por ti.

—Nora...

—Márchate, Paul. Ya tienes lo que habías venido a buscar. Paul Dawson suspiró.

—Sí, tienes razón. Adiós, Nora. Nora Ewell no respondió.

Ni siquiera le acompañó hasta la puerta.

Paul se volvió antes de abrirla, le dirigió una larga mirada, y luego tiró de la puerta. Al instante se quedó quieto.

Contemplando fijamente a los dos hombres que aguardaban en el corredor.

Uno de ellos empuñaba una pistola «*Parabellum*». El otro, una moderna y ligera metralleta.

CAPÍTULO V

Sí.

Dos de los individuos que le detuvieran en la carretera.

El que registrara su coche con la linterna eléctrica y otro.

—Fíjate qué cara ha puesto el tipo, Dino —dijo el fulano de la «*Parabellum*», sonriendo desagradablemente.

—Se ha quedado de muestra, Ralph —sonrió también el sujeto de la metralleta, dejando patente que tampoco él tendría nada que hacer en el concurso de «Míster Sonrisa».

—¿Por qué crees tú que se habrá sorprendido tanto?

—No tengo ni idea —respondió, con ironía, el llamado Dino.

Nora Ewell se acercó a la puerta, pues desde su posición no podía ver a los hombres que hablaban con Paul Dawson.

—¿Qué ocurre; Paul? ¿Con quién...? —se interrumpió de pronto, dando un gritito—. ¡Oh, Dios mío! —gimió, fijos los ojos en la «*Parabellum*» y la metralleta que esgrimían los tipos.

Ralph y Dino escrutaron con detenimiento a la joven, aunque sin dejar de apuntar a Paul Dawson con sus armas.

—Preciosa, ¿eh, Dino?

—Un auténtico bombón —repuso el de la metralleta, lamiendo con la mirada a la asustada muchacha.

—¿Llevará algo debajo de la bata?

—Sería interesante comprobarlo. Nora Ewell aún se asustó más.

Instintivamente se cogió del brazo de Paul Dawson.

—Paul... —pronunció ahogadamente.

—No tengas miedo, ahora —dijo Dawson, con envidiable serenidad.

—¿Conoces a estos hombres?

—Me obligaron a parar en la carretera, esta noche, cuando

regresaba a Los Ángeles.

—¿Qué querían?

—No lo sé, no me lo dijeron.

El tipo de la «*Parabellum*» asintió con la cabeza.

—Es cierto, no te lo dijimos. Pero ahora ya sabes por qué te detuvimos y registramos tu coche.

—No, sigo sin saberlo.

El puño zurdo del fulano que respondía al nombre de Ralph se disparó con asombrosa rapidez.

Paul Dawson, pillado por sorpresa, no pudo esquivar la maza del individuo, que se estrelló contra su mandíbula con seco chasquido y lo tiró de espaldas al suelo.

—¡Paul! —chilló Nora Ewell, dejándose caer de rodillas junto a él. Dawson sacudió la cabeza, para despejarse.

El golpe había sido tremendo. Realmente demoledor.

—Estoy bien, Nora —dijo, pasándose el dorso de la mano por la comisura de la boca, que ya dejaba escapar un hilillo de sangre.

Ralph y Dino penetraron en el apartamento.

—Cierra la puerta, Dino —indicó el primero, el que ponía cara de perro cuando se enfadaba.

Dino la cerró y pasó la cadena de seguridad.

Ralph miró duramente a Paul Dawson y masculló:

—Tú recogiste a la chica, Paul.

—¿Qué chica? —Dawson se hizo perfectamente el despistado. Ralph le mostró el puño.

—¿Quieres que te sacuda de nuevo?

—No.

—Entonces, dinos dónde llevaste a la chica.

—No sé de qué me habláis.

—Muy bien, yo te refrescaré la memoria.

—Espera, Ralph —intervino su compañero.

—¿Por qué me detienes? Unos cuantos golpes, y soltará la lengua.

—Tú pegas muy duro, y lo más probable es que lo dejes sin sentido, lo cual no nos conviene, pues no sabemos si tardaría poco o mucho en recobrarlo.

—¿Qué sugieres, pues? —Gruñó Ralph.

Los ojos de Dino se posaron en Nora Ewell, cuya figura recorrió

de nuevo significativamente.

—¿Por qué no «trabajas» a la chica?

Los de Ralph brillaron no menos significativamente.

—Has tenido una gran idea, Dino. Nora se estremeció.

—¡No se acerque! —gritó, separándose de Paul, que seguía en el suelo.

—Ya lo creo que me voy a acercar. Más de lo que tú quisieras —sonrió Ralph, y dio un paso hacia ella.

Paul Dawson se incorporó con rapidez y se interpuso entre el tipo y la aterrada muchacha.

—A ella dejadla en paz.

—Habla, y no la tocaremos, te lo prometo.

—¿Y qué diablos puedo deciros? —fingió enfadarse Paul—. Me preguntáis por una chica, y yo no conozco a más chica que ésta —señaló con el pulgar, por encima del hombro, a Nora—. Es mi novia, no tengo relaciones con otras mujeres. He estado con ella desde que regresé a la ciudad. Aquí. En su apartamento.

Ralph miró un instante la bolsa de deporte en la que Nora había metido la ropa para Samantha, que yacía en el suelo.

—¿De quién es esa bolsa? —interrogó.

—Mía —respondió Paul, sin vacilar.

—No la llevabas en tu coche, cuando lo registramos.

—La tenía aquí, en el apartamento de mi novia.

—¿Qué llevas en ella?

—Ropa.

—¿Tuya?

Paul sí vaciló esta vez.

Si respondía afirmativamente, y los tipos abrían la bolsa... Y lo más probable es que lo hicieran.

No tuvo más remedio que decir la verdad.

—No, es de Nora.

—Oh, de tu novia... —sonrió Ralph, mirando un instante a la muchacha—. Daré un vistazo. Tú no le pierdas de vista, Dino —indicó a su compañero.

—Descuida, Ralph. Si mueve un dedo, le suelto una ráfaga y le dejo las rodillas hechas puré —repuso el tipo de la metralleta, disparando acto seguido un salivazo.

Por la comisura de la boca. Con maestría.

Manchó la pata de una silla.

—¡No sea puerco! —protestó Nora. Dino rió bruscamente.

—Lo siento, nena. Si hubiera habido alguna escupidera a la vista...

—¡Esto no es una sala de billares!

—Cierra la boquita, encanto, o te la cerraré yo de un revés. Nora apretó los dientes.

—Cerdo, más que cerdo —rezongó por lo bajo.

Mientras tanto, Ralph se había agachado y ya estaba descorriendo la cremallera de la bolsa de deporte.

Empezó a sacar cosas.

—Un jersey de lana, una falda, una blusa, unos zapatos, unas medias, y... ¡Oh, fíjate en esto, Dino! ¿No es una monada de braguita...? —rió, mostrando el reducido pantaloncito rojo.

—Realmente tentadora, si —rió también Dino. Nora Ewell, roja de indignación, ordenó:

—¡Guárdenlo todo en la bolsa, miserables! Ralph y Dino rieron con más fuerza.

—Al bomboncito le molesta que miremos su ropa interior, Dino.

—Sí, eso parece.

Ralph se irguió, sin guardar nada en la bolsa, y se encaró con Paul Dawson.

—¿Adónde ibas con todo esto, Paul? ¿A llevárselo a la chica que recogiste en la carretera, tal vez...?

—Yo no recogí a nadie —siguió mintiendo Dawson.

—Tuviste que recogerla tú, porque por allí no pasó ningún otro coche, y la chica no estaba en condiciones de ir muy lejos.

—Os repito que no sé nada.

—La chica iba desnuda, porque nosotros desgarramos toda su ropa. Necesita que alguien le proporcione algo con que cubrirse. Te lo pidió a ti, tú viniste aquí, le pediste ropa a tu novia, y cuando nosotros llegamos te disponías a llevársela. Atrévete a negarlo, y te hago escupir media docena de dientes con el cañón de mi pistola.

Paul guardó silencio.

Sabía que el tipo no amenazaba por amenazar, y él estimaba mucho su dentadura.

—Te estarás preguntando cómo pudimos dar contigo, ¿verdad?

—sonrió Ralph.

—Me sorprende, sí —respondió Paul.

—Nos acompañó la suerte, ésa es la verdad. Buscar un coche determinado, en una ciudad como Los Ángeles, es como buscar una aguja en un pajar. Por fortuna, tú tienes un coche muy especial, Paul.

—Sí, ya sé que es una birria. Pero no dispongo de dinero para comprarme uno mejor.

—Lo encontramos estacionado abajo. El resto, fue sencillo.

—Claro.

Ralph se puso serio de nuevo.

—Por última vez, Paul. Dinos dónde llevaste a la chica, o tu novia sufrirá las consecuencias.

Dawson no despegó los labios.

Dino indicó:

—Empieza a «trabajar» al bomboncito, Ralph. Y hazlo de modo que yo no me pierda detalle.

Ralph sonrió siniestramente.

—Procuraré complacerte, Dino —prometió, y fue hacia Nora Ewell. Paul Dawson se abalanzó sobre el tipo, rugiendo:

—¡No permitiré que la toquéis, canallas!

Ralph le soltó un trallazo con la zurda y lo mandó contra la pared, de donde rebotó al suelo, quedando inmóvil, boca abajo.

—¡Paul! —chilló Nora, angustiada, porque Dawson parecía haber perdido el conocimiento y ella quedaba a merced de los tipos.

Totalmente a su merced.

CAPÍTULO VI

Dino masculló una maldición.

—Te dije que no lo golpearas, Ralph. Ya lo has dejado sin sentido.

—¿Y qué querías que hiciera, maldita sea? —Gruñó Ralph—. Se arrojó sobre mí como una fiera, no tuve más remedio que sacudirle.

—Hubiera sido preferible meterle una bala en el muslo.

—Ya es tarde para lamentarse. Además, Tampoco se ha perdido mucho. El bomboncito tiene que saber dónde llevó su novio a la chica que recogió en la carretera —sospechó Ralph.

Dino clavó sus ojos en Nora Ewell.

—Sí, no había caído en eso. Ella también debe saberlo. La haremos hablar.

—Tú vigila al tipo, Dino. Yo me encargaré de la muchacha —indicó Ralph, guardando su «*Parabellum*» en la funda que llevaba bajo su axila izquierda.

—¿Por qué no cambiamos los papeles?

—Ya está decidido.

—Tú lo has decidido, no yo —rezongó Dino. Ralph sonrió.

—Tranquilo, muchacho. Cuando la haya hecho hablar, te la dejaré a ti unos minutos, ¿vale?

—Así está mejor —sonrió también Dino. Ralph avanzó hacia la aterrorizada Nora.

La joven echó a correr, con la esperanza de alcanzar su habitación y encerrarse en ella. No lo consiguió.

Ralph corrió más que ella y la atrapó, haciéndola caer al suelo.

Nora empezó a chillar.

Ralph le cubrió la boca con una de sus manazas, mientras con la otra le sujetaba ambos brazos.

—Silencio, gatita —ordenó—. No nos conviene que alborotes. Y a ti tampoco, ¿sabes? Tendría que alojarte un par de plomos en esa linda cabecita, y quedarías lista para criar gusanos. ¿Verdad que no te gustaría eso?

Nora dejó de debatirse bajo el enorme corpachón del tipo.

Lo de quedar lista para criar gusanos aún la había horrorizado más. Ralph retiró poco a poco su velluda mano de la boca de la muchacha. Nora no volvió a gritar, pese a que ya podía hacerlo.

—Así me gusta, preciosa —sonrió Ralph—. Ahora, vamos a hablar tú y yo con calma. ¿Dónde llevó tu novio a la chica que recogió desnuda?

—No me lo dijo.

Ralph, como siempre que algo le contrariaba, puso cara de perro y ladró:

—¿Nos tomas por idiotas?

—Les juro que...

Ralph le abrió la bata con un rápido movimiento y le desgarró el negro camisón, dejándola con el pecho desnudo. Nora chilló.

Pero muy poco, porque la férrea mano de Ralph le taponó la boca instantáneamente. Nora se debatió de nuevo, furiosamente.

No sirvió de nada.

Bueno, sí; sirvió para empeorar las cosas.

Ralph se sentó sobre su vientre y le sujetó los brazos con sus robustas rodillas. De este modo, quedaba con una mano libre.

Y nada bueno pensaba hacer con ella, seguro.

—Voy a darte una última oportunidad, bombón —masculló Ralph—. Dinos lo que queremos saber, o haré que te retuerzas de dolor. ¿Estás dispuesta a hablar?

Nora Ewell estuvo a punto de mover la cabeza afirmativamente. Pero no lo hizo.

Paul no había hablado, y ella tampoco lo haría.

Además, hablar tampoco serviría de nada.

Apenas lo hiciera, Ralph abusaría de ella y luego lo haría Dino. Lo leía en sus ojos.

Nora optó, pues, por no revelar el paradero de Samantha.

Ralph, viendo que la muchacha se resistía a hablar, se metió la mano libre en el bolsillo y extrajo una cajetilla de cigarrillos y un encendedor eléctrico.

Dejó ambas cosas en el suelo.

Abrió la cajetilla de cigarrillos, extrajo uno y se lo puso en los labios. Lo encendió.

Sin ninguna prisa.

Gozando con el terror de la joven.

Y con la visión de sus senos desnudos.

Luego, se quitó el cigarrillo de la boca y acercó su brasa, muy lentamente, al seno izquierdo de la muchacha.

Nora, con los ojos desorbitados de horror, se debatió con más fuerza que nunca. Fue inútil.

Lo único que podía mover, eran las piernas.

Y con ello solo logró que le quedaran totalmente al descubierto, para deleite del puerco de Dino.

Éste ya se había desentendido por completo de Paul Dawson.

Sólo tenía ojos para las bonitas piernas y los bellos senos de la muchacha a quien Ralph se disponía a quemar con la brasa de su cigarrillo.

Era el momento de actuar. Y Paul Dawson actuó.

No es que acabara de recobrar el sentido. No lo había perdido en ningún momento. Todo fue una argucia.

Paul era consciente de que no podía hacer frente con éxito a Ralph y Dino, a menos que los pillara desprevenidos.

Ellos tenían armas, y él no.

De ahí que fingiera quedar inconsciente cuando Ralph le golpeó por segunda vez. Adivinaba que los tipos prestarían toda su atención a Nora, como así sucedió. Bien.

Ahora, con un poco que le acompañara la suerte...

Paul se incorporó.

Silencioso como una sombra. Sigiloso como un puma.

Súbitamente saltó sobre Dino y le arrebató la metralleta de un violento tirón. El fulano dio un fuerte respingo.

—¡Cuidado, Ral...!

No pudo acabar de pronunciar el nombre de su compañero.

Paul empuñó la metralleta por el cañón y la descargó con tremenda fuerza sobre la frente del tipo.

Dino se desplomó en el acto, con una profunda brecha en ella, por la que ya brotaba abundantemente la sangre.

También su ceja zurda sangraba profusamente. La tenía

totalmente abierta.

Ralph se revolvió como una centella.

Al descubrir a Paul Dawson en pie, con la metralleta de Dino en las manos, escupió una maldición.

Arrojó el cigarrillo, cuya brasa no había llegado a aplicar al pecho de Nora, y movió velozmente la mano hacia la enfundada «*Parabellum*».

Llegó a rozar la culata del arma.

Incluso pareció que tendría tiempo de extraerla. Pero no.

Paul Dawson cayó sobre él como un tigre y le estrelló la metralleta de Dino en plena cara.

Fue un golpe terrorífico.

Y el crujido de huesos, escalofriante.

Ralph aulló y cayó de espaldas, con la cara llena de sangre. Quedó inmóvil.

Privado por completo del sentido.

—¡Paul! —gritó Nora Ewell, incorporándose ligeramente, la bata abierta todavía. Dawson observó su pecho.

Respiró aliviado al comprobar que no había sufrido ninguna quemadura. La ayudó a ponerse en pie y la estrechó contra su pecho.

—Estás bien, ¿verdad?

—¡Sí, sí! ¡Pero el tipo se disponía a quemarme el pecho con la brasa de su cigarrillo! —sollozó la joven, con los nervios destrozados.

—Ya lo vi.

—¡Hubiera sido horrible!

—Tranquilízate, Nora. Los tipos están fuera de combate, ya no pueden hacernos daño.

—¿Qué vamos a hacer, Paul?

—Largarnos, antes de que despierten.

—Yo no estoy vestida, Paul...

—Quítate la bata y ponte algo, rápido —indicó Dawson—. Yo, mientras tanto, meteré en la bolsa la ropa que escogiste para Samantha. ¡Vamos, deprisa!

Nora Ewell corrió hacia su habitación.

Dos minutos después, salía de ella completamente vestida. Todo un récord.

Paul ya lo había guardado todo en la bolsa de deporte. Sin perder de vista ni un instante a Ralph y Dino. Los dos seguían inconscientes.

Sus caras eran dos auténticas máscaras de sangre. Especialmente, la de Ralph. Daba escalofríos mirarlos.

Paul arrojó la metralleta y tomó de la mano a Nora.

—¡Vámonos!

Corrieron hacia la puerta y abandonaron el apartamento.

CAPÍTULO VII

El viejo «Chrysler» de Paul Dawson circulaba ya por las calles de Los Ángeles. Unas calles mojadas, pues había empezado a llover, aunque no con fuerza. Paul miró un instante a Nora Ewell.

Seguía pálida.

Y le temblaban ligeramente las rodillas.

—¿Más tranquila ya, Nora?

—Un poco, sí.

—¿Sabes que eres una chica muy valiente?

—No te burles.

—¿Quién se burla?

—¿Es que no ves cómo se mueven mis rodillas? —Gruñó la joven, subiéndose un palmo la falda.

Paul posó su mano sobre una de ellas, la izquierda, y la oprimió suavemente.

—¿Por qué no les dijiste a esos bastardos que Samantha está en mi apartamento?

—¿De qué hubiera servido?

—De nada, probablemente.

—Por eso no hablé.

—Otra, en tu lugar, se hubiera apresurado a hacerlo, sin pensar en si serviría de algo o no.

—Tú guardaste silencio, ¿no? Pues yo también.

—Por eso digo que eres una chica valiente.

Nora bajó la mirada y la posó sobre la diestra de Paul, que se estaba yendo para arriba descaradamente.

—¿Te importaría quitar tu mano de ahí?

—Estoy tratando de que tus rodillas dejen de temblar. —Las rodillas están más abajo.

—Pero hay que presionar un poco más arriba, para que... Nora le cogió la mano y se la puso sobre el volante. —Conduce con dos manos, es más seguro.

—¿Por qué rechazas mis caricias?

—Porque tú y yo hemos terminado. ¿O es que ya no te acuerdas?

—Yo estoy dispuesto a empezar de nuevo.

—Tendrás que buscarte a otra.

—No me interesa ninguna otra.

—Y a mí ya no me interesas tú.

—Eso no es verdad.

—Te aseguro que sí.

—Te estremeciste entre mis brazos, cuando te besé y te acaricié.

—Eso no significa nada.

—¿Cómo que no? Si hubieras dejado de quererme, no...

—Hablemos del tiempo, ¿quieres?

—Llueve.

—Sí, y no hemos cogido paraguas. Paul sonrió.

—¿Por qué no me cuentas lo de la almohada?

—¿Qué almohada?

—Me pareció oírte decir algo así como que intentaste estrangularla porque creíste que era yo.

Nora miró por la ventanilla.

—No recuerdo haber dicho nada semejante.

—¿Tampoco que me ves en todas partes...?

—Tampoco.

—¿Y por qué me llamaste fantasma tantas veces?

—Estaba un poco bebida, y no sabía lo que decía.

—Embustera. No habías tomado una sola gota de alcohol.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Lo hubiese notado, al besarte. Nora Ewell se calló.

—Sigues enamorada de mí, Nora. ¿Por qué lo niegas?

—No siento amor por ti, sino odio.

—Otra mentira.

—Lo de la almohada es cierto, ¿sabes? —confesó la joven.

—Me cuesta creerlo. Tú no serías capaz de estrangular a nadie.

Y, menos, a mí.

—¿Quieres que te lo demuestre?

—Adelante. Alarga tus delicadas manos, atrapa mi cuello, y comienza a apretar.

—Porque vas conduciendo, que si no...

—¿Quieres que pare el coche?

—Lo que quiero es que te calles. Estoy harta de oírte. Paul Dawson rió, lo cual enfureció aún más a Nora Ewell. La joven sintió deseos de insultarle.

En el preciso instante en que iba a hacerlo, Paul realizó una brusca maniobra y metió el «Chrysler» en un garaje.

—¿Qué haces? —exclamó Nora, sorprendida.

—No puedo dejar el coche en la calle. Como muy bien dijo Ralph, tengo un auto muy especial, y él y Dino podrían encontrarlo de nuevo. O los otros dos tipos, que también deben estar recorriendo las calles de la ciudad en otro coche. Lo dejaré en este garaje, que no está lejos de mi apartamento, y así no podrán dar con él.

—Es una buena idea, sí —aprobó Nora.

Paul detuvo el «Chrysler», paró el motor, y salió del auto, portando en la diestra la bolsa de deporte que contenía la ropa para Samantha.

Nora descendió por el otro lado.

El encargado del garaje, un tipo más bien bajo, pero muy ancho de hombros, que se cubría con un mono de mecánico muy manchado de grasa, observó el coche de Paul como si estuviera viendo a un pulpo haciendo calceta.

—¿Cómo es posible que «eso» ande? —se preguntó, en voz alta. Paul sonrió.

—Sólo está mal de vista, el motor aún está para aguantar.

—Permítame que lo dude.

—Vigílelo bien, amigo.

—¿Tiene miedo de que se lo roben... o de que se desmonte solo? —repuso socarronamente el tipo.

—Muy gracioso —rezongó Paul—. Vamos, Nora —cogió del brazo a la muchacha.

—¡Yo en su lugar lo tiraría al mar!

—¡Muérase!

Paul y Nora salieron del garaje, entre las risas del encargado del mismo.

—¿Por qué todo el mundo se tiene que burlar de mi coche? —
refunfuñó Dawson.

—Porque es antiguo y está viejo —sonrió Nora.

—¡Pero todavía corre!

—No será por mucho tiempo.

—Está mucho mejor de lo que parece, te lo aseguro.

—El día menos pensado dice que no arranca y se acabó.

—Bueno, pues si eso sucede, cogeré el autobús para ir a los
sitios. No tengo dinero para comprarme uno nuevo. Ni siquiera de
segunda mano.

—Yo quise prestarte dos mil dólares, pero rechazaste mi
ofrecimiento.

—Naturalmente que lo rechacé. Ya sabes cómo pienso.

—Sí, no quieres aceptar ni un dólar de una mujer, aunque sea
prestado.

—Eso es.

—Me parece una estupidez.

—Más estupidez me parece a mí que hayamos reñido sólo
porque yo no puedo casarme.

Nora Ewell se detuvo en la acera.

—¿Que no puedes...? ¡Que no quieres, querrás decir! —exclamó,
furiosa.

—¡Pero si nunca tengo más de veinte dólares en el bolsillo!

—¡Ya salió otra vez el maldito dinero! —barbotó Nora, dando
una patadita en el suelo.

—¡Naturalmente que salió!

—¡Yo trabajo, no tenías que mantenerme! Paul la agarró del
brazo y tiro de ella.

—Camina, maldita sea, que nos estamos mojando —rezongó.

—No quieres tocar el tema, ¿eh?

—¡No, no quiero!

—¡Porque lo del dinero es sólo una excusa!

—¡No es ninguna excusa!

—¡Claro que lo es! ¡Tú lo que no quieres es casarte! ¡Acostarte
conmigo, sí, pero sin ataduras de ninguna clase! ¡Así, el día que te
canses de mí, me mandas a paseo y te largas con otra!

—¡Haz el favor de no gritar!

—¡Tú también estás gritando!

—¡Tú me haces gritar!

—¡Al diablo!

Como habían llegado ya al edificio de apartamentos donde vivía Paul, se metieron los dos en el portal y empezaron a subir las escaleras, con cara de vinagre.

No pronunciaron una sola palabra mientras ascendían los peldaños.

Segundos después, penetraban en el apartamento. Paul cerró la puerta y fue hacia su habitación.

La luz estaba encendida. Paul entró en la habitación.

Al instante dio un respingo y se quedó parado.

Fue tal su sorpresa, que la bolsa de deporte le resbaló de la mano y cayó al suelo.

CAPÍTULO VIII

Paul Dawson siguió quieto. Los ojos fijos en la cama.

En la chica que dormía en ella, más bien. No era Samantha.

No podía serlo, porque no tenía el pelo negro, sino rojizo.

Era lo único que la ropa de la cama le dejaba sin cubrir, el pelo. Bueno, también la frente y parte de la nariz.

Nada más.

Insuficiente para saber de quién se trataba, pero suficiente para afirmar que no era la chica que él recogiera en la carretera de los mil baches y que fuera salvajemente torturada por Ralph, Dino, y los otros dos.

Nora Ewell, situada detrás de Paul Dawson, rezongó:

—¿Por qué te has quedado parado? ¿Por qué has dejado caer la bolsa? Paul extendió su brazo hacia la cama.

—Ésa... esa chica no es Samantha, Nora.

—¿Qué...?

—Samantha tiene el pelo negro, y ésta es pelirroja.

—Pero, entonces... ¿quién diablos es? —exclamó Nora, desconcertada.

—No lo sé, no se le ve la cara.

—¡Pues acércate y mírasela, hombre!

—Sí, tienes razón.

Paul se aproximó a la cama y tiró del embozo, descubriendo a la joven pelirroja hasta casi la cintura.

No pudo contener un respingo.

¡La chica estaba desnuda!

¡No llevaba nada encima!

Nora Ewell, que también se había aproximado a la cama, se apresuró a cubrir a la pelirroja hasta el cuello.

—¡Te dije que le miraras la cara, no lo demás! Paul carraspeó nerviosamente.

—¿Cómo iba a saber yo qué...?

—Bien, ya tiene la cara al descubierto. ¿Sabes ahora quién es? —interrogó Nora. Dawson vaciló.

—¿Lo sabes, Paul? —insistió la joven, ceñuda.

—Sí.

—¿Quién es?

—Se llama Amanda.

—Pues, desde luego, no se trata de Amanda *la Blanda* —masculló Nora.

—¿Cómo dices? —Parpadeó Paul.

—La dureza de sus senos, pese a su volumen, es evidente. Dawson tosió.

—No me explico qué puede hacer aquí, desnuda y en mi cama.

—Seguro que te estaba esperando a ti, para hacer algo.

—No digas tonterías.

—¿De veras te parece que digo tonterías?

—No es Amanda quien debía aguardar aquí, en mi cama, sino Samantha.

—Pero Samantha voló.

—Eso parece.

—Y Amanda ocupó su lugar.

—Sí.

—El caso es que la cama no se quede vacía.

—Nora, por favor.

—¿De qué conoces tú a la tal Amanda? Paul carraspeó.

—Tomamos un par de copas, hace dos noches, en su apartamento.

—¿Y qué hacías tú en su apartamento, repasar alguna lección de anatomía?

—Bueno, ella me invitó a subir, y yo...

—No podías negarte, claro.

—Hubiera estado feo, compréndelo.

—Lo comprendo, lo comprendo.

Paul carraspeó de nuevo, porque la ironía de Nora era evidente.

—Será mejor que la despierte, y que ella nos explique lo sucedido.

—Sí, anda, despiértala. Ya verás qué disgusto se lleva al ver que no estás solo con ella. Paul la recriminó con la mirada.

—Nora...

—No te preocupes, si deseáis quedaros solos, me voy.

—No digas más bobadas, maldita sea. ¿O es que has olvidado ya todo lo sucedido? Yo recogí en la carretera a una chica, desnuda y con el cuerpo lleno de heridas y quemaduras. La traje aquí, desvanecida, la atendí debidamente, y fui a tu apartamento en busca de ropa para ella. Allí fuimos sorprendidos por dos de los canallas que desnudaron y torturaron a la chica. Tú estuviste a punto de sufrir la misma suerte que ella, y yo recibí dos buenos puñetazos...

Nora Ewell bajó la mirada.

—Lo siento, Paul. Me ha puesto nerviosa encontrar una chica tan atractiva en tu cama, eso es todo.

—Yo no le pedí que se metiera en ella, te lo aseguro.

—Despiértala, anda.

—Me parece que no está dormida, sino desvanecida.

—¿Desvanecida...?

—Si estuviera dormida, se habría despertado al oír nuestras voces.

—¿Y qué ha podido sucederle...?

—Ella nos lo dirá.

Paul tomó por los hombros a la muchacha pelirroja y la sacudió suavemente.

—Eh, Amanda... Soy yo, Paul Dawson. Despierta...

—No abre los ojos... —murmuró Nora.

—Los abriré, no te preocupes. La zarandearé con más fuerza.

Paul lo hizo así.

Dio resultado, pues la joven empezó a recobrarse.

Al abrir los ojos, y verse acostada en la cama, exclamó:

—¿Qué ha sucedido, Paul...?

—No lo sé, Amanda. Yo acabo de llegar, acompañado de esta joven. Te encontramos en mi cama, aparentemente dormida y sin ninguna ropa.

La pelirroja respingó en la cama.

—¿Sin ninguna ropa...?

—Así es.

—¿Y quién me la quitó?

Paul dejó escapar un suspiro y miró a Nora.

—Empiezo a sospecharlo.

—¿Samantha? —preguntó Nora.

—Me temo que sí —asintió Dawson—. No quiso esperar a que yo le consiguiera ropa, se la procuró ella misma, aprovechando la llegada de Amanda.

—¿Quién es esa tal Samantha? —quiso saber la pelirroja.

—La chica que estaba aquí, en mi apartamento, cuando tú llegaste —explicó Paul—. ¿No la viste?

Amanda dijo que no con la cabeza.

—Pulsé el timbre, un par de veces, y como no acudías a abrir, pensé que no estabas. Como la puerta no estaba cerrada con llave, me colé en el apartamento, dispuesta a esperarte aquí y darte una sorpresa. Pero la sorpresa me la llevé yo al ver encendida la luz de tu habitación. Vine hacia aquí. La cama estaba deshecha, y había una gabardina sobre la silla. Apenas entrar en la habitación, sucedió.

—¿Qué fue lo que sucedió?

—Recibí un golpe aquí. —Amanda se tocó el cuello, justo sobre la arteria carótida— y me desplomé sin sentido. Ya no recuerdo nada más.

Paul Dawson suspiró.

—Samantha te golpeó, Amanda. Tiene conocimientos de karate. Le bastó un solo golpe con el filo de su mano para dejarte inconsciente. Luego, te quitó la ropa.

—¿Y para qué diablos quería ella mi ropa?

—Para ponérsela. Ella estaba tan desnuda como lo estás tú ahora.

—¿Qué pasó con su ropa? —Pestañeó la pelirroja.

—Cuatro tipos la asaltaron y se la destrozaron.

—¿De veras...?

—Sí. Tuvo que cubrirse con esa gabardina de hombre. Como así no podía ir por la calle, me pidió que le consiguiera ropa. Fui a casa de Nora y ella me la prestó. En esa bolsa se la traía.

—Confío en que me venga bien a mí, porque sí no...

—Seguro —sonrió Paul—. Nora y tú tenéis una figura muy parecida. Amanda se fijó mejor en Nora.

—Yo tengo más pecho y soy más ancha de caderas —dijo.

—Qué chica tan modesta —rezongó Nora.

—Perdona, no era mi intención molestarte... —se disculpó la pelirroja.

Paul cogió la bolsa de deporte y la dejó sobre la cama.

—Vístete, Amanda —indicó.

—¿Que me vista...?

—Sí.

—¿Ahora...?

—Sí.

—Pero, Paul, yo he venido a pasar la noche contigo... Dawson tosió embarazosamente.

—Te lo agradezco mucho, de veras, pero no va a ser posible.

—¿Por qué? —preguntó la pelirroja, desilusionada.

—Pues, porque...

—Porque va a pasarla conmigo, guapa —dijo Nora Ewell.

—¡Nora! —Respingó Dawson.

—¿Para qué andar con excusas, Paul? Es mejor decirle la verdad.

—Sí, claro —murmuró Amanda, acusando visiblemente la mentira de Nora—. Pero, ya que estoy aquí...

Nora Ewell arrugó el ceño.

—Ya que estás aquí... ¿qué? Amanda sonrió pícaramente.

—¿No has participado nunca en un *ménage a trois*, Nora?

—No. ¿Y tú?

—Yo sí, varias veces.

—¿Y es divertido?

—¡Oh, sí, mucho!

Nora abrió la bolsa de deporte con brusquedad y la volcó, desparramado sobre la cama todo lo que contenía, desde el *jersey* de lana hasta el sucinto «*slip*» rojo.

Después, apuntó con el dedo a la pelirroja y advirtió:

—Tienes dos minutos para vestirte, Amanda. Procura aprovecharlos bien, si no quieres que te eche del apartamento de Paul medio desnuda.

—Pero...

—Vamos, Paul —gruñó Nora, atrapando a Dawson y sacándolo de la habitación casi a empujones, cuya puerta cerró violentamente.

Lo soltó y lo miró, los ojos chispeantes de furia.

—¿Dónde conociste a esa zorra de cabellos rojos?

Paul se aclaró la voz antes de responder, pues temía soltar un gallo.

—Entré en un bar a tomar una copa, y...

—Proponerme un *ménage á trois* a mí, la muy...

—Seguro que lo dijo en broma.

—¡Lo dijo muy en serio! —tronó Nora.

—Será mejor que lo olvides.

—No sé cómo no la he dejado sin pelo.

—En cuanto esté vestida se irá, no te preocupes.

—¡Naturalmente que se irá! ¡Y pobre de ella como vuelva!

—No volveré a verla, te lo prometo. Ni a ella, ni a ninguna otra.

Pero tú y yo tenemos que hacer las paces, Nora.

—¡Tú y yo haremos bolillos!

—Nora...

—¡No pronuncies mi nombre, maldito!

Paul se dijo que lo mejor era callarse, y eso hizo.

Nora, terriblemente excitada, golpeó la puerta de la habitación con el puño.

—¡Ya han pasado los dos minutos, compañera!

La puerta se abrió casi al momento y Amanda salió de la habitación, caminando con cierta dificultad.

—¿Qué tal me sienta tu ropa, Nora...? —preguntó, mirándose.

—¡De maravilla!

—Los zapatos me quedan pequeños...

—¡Pues encoge los pies! ¡Hale, a la calle! —ordenó Nora, empujándola hacia la puerta.

—¿Cuándo quieres que te devuelva la ropa de Nora, Paul...? —preguntó la pelirroja.

—¡Nunca, te la regalo! —respondió Nora, que seguía empujando.

—¡Oh, gracias!

—¡De nada, alhaja!

—¿Por qué me llamas alhaja...?

—¡Por no llamarte una cosa peor!

—¡Oye, que una, dentro de lo que cabe...!

—A ti te cabe todo. ¡Fuera! —Nora la sacó del apartamento de

un empujón y cerró la puerta.

Se volvió hacia Paul Dawson.

Éste se cubrió rápidamente la boca con la mano, porque no quería que Nora le viera reír. Ella le apuntó con el brazo, aunque, por la expresión de su rostro, parecía que le apuntaba con un fusil ametrallador y que se moría de deseos de apretar el gatillo hasta vaciar el cargador.

—¡Como vuelvas a ver a esa desvergonzada de Amanda, te juro que...! Paul avanzó de pronto hacia ella y la rodeó fuertemente con sus brazos. Nora soltó un rugido, al ver que no podía mover los suyos.

—¡Suéltame, Paul! —ordenó, colérica. Dawson, en lugar de soltarla, la besó. Con mucho ardor.

Nora, rabiosa, le atizó un puntapié en la espinilla.

Y de los buenos.

Paul resistió bravamente el doloroso golpe y no despegó ni un milímetro su boca de la de ella.

Nora le pateó la otra espinilla. Con las mismas ganas.

La respuesta de Paul fue besarla con más ardor todavía.

Nora echó nuevamente la pierna hacia atrás, dispuesta a propinarle un tercer puntapié. Pero no le dio tiempo.

La puerta se abrió con tremenda violencia, y como los dos estaban junto a ella, los golpeó y los derribó a ambos.

Paul quedó de espaldas en el suelo y Nora sobre él.

Dos individuos irrumpieron en el apartamento, metralleta en mano.

Paul los reconoció al instante.

Eran los compañeros de Ralph y Dino.

CAPÍTULO IX

Uno de los tipos ordenó:

—Quedaos en el suelo o haré ladrar mi metralleta. Paul Dawson y Nora Ewell obedecieron, claro.

El ladrido de la metralleta es muy molesto. Y su mordedura, mortal.

—Ve por la chica, Lex —indicó el tipo que hablara antes.

El llamado Lex se introdujo, no sin cierta precaución, en la habitación de Dawson.

Poco después salía, portando la gabardina de hombre que tomara Samantha para huir de sus secuestradores.

—La chica no está, Bruce —informó—. Sólo encontré esto —arrojó la gabardina sobre un sillón.

—Mira en el cuarto de baño —gruñó su compañero.

Lex obedeció.

—Vacio también, Bruce —comunicaba segundos después—. Hemos llegado tarde, la chica se ha largado.

—Con la ropa que le proporcionó este bastardo —pensó el llamado Bruce, mirando con odio a Dawson.

—Oiga, mi madre era una señora decente —replicó Paul.

—Tu madre era la peor de las rameras —escupió el tipo. Paul apretó los maxilares.

—Es muy fácil insultar con una metralleta en las manos. ¿Por qué no la tiras y repites lo que has dicho?

Los ojos del fulano brillaron agudamente.

—Un gallito, ¿eh?

—Si quieres que te lo demuestre, ya sabes lo que tienes que hacer —repuso Paul. El individuo entregó su metralleta a su compañero.

—Tenme esto, Lex.

—¿Qué vas a hacer?

—Partirle la cara a este hijo de perra.

—Olvídate de eso, Bruce.

—¿Acaso temes que no pueda con él...? —sonrió Bruce.

—No, claro que no. Lo que temo es que nos engañe, como ya hizo con Ralph y Dino. Fingió quedar inconsciente, y luego los sorprendió. Y ya viste cómo los dejó. Si no llegamos nosotros a tropezarnos con el coche de ellos, a estas horas seguirían inconscientes en el apartamento de la novia del tipo.

—Sí, fue una suerte que nos tropezáramos con su coche, mientras buscábamos el del tipo.

—Y que, al registrar el apartamento de la novia del tipo, encontráramos una agenda y en ella la dirección de su amorcito. De no ser por eso, creo que jamás hubiéramos dado con él, pues su coche no está estacionado abajo.

—Debió dejarlo en un garaje —adivinó Bruce—. Como ya sabía que Ralph y Dino dieron con él porque encontraron ese coche tan particular que tiene... —sonrió burlonamente Bruce.

—No te metas con mi «Chrysler» —masculló Paul, que seguía queriendo provocar al tal Bruce.

Una pelea con él podía ser la solución, si le permitía sorprender al otro fulano, a Lex, que se haría cargo de ambas metralletas.

Lo malo es que Lex parecía haber adivinado sus intenciones, y trataba de evitar la pelea. Bruce rió y dijo:

—Tu «Chrysler» debería estar en un museo, compadre.

—Y tú en un zoológico —replicó Paul—. ¿O es que no te has visto la cara de foca que tienes?

El tipo enrojeció intensamente.

—Conque cara de foca, ¿eh? —repitió, los dientes muy apretados.

—Si tuviera una pelota, te la arrojaría para que trataras de sostenerla con la nariz, y caso de que lo consiguieras, te premiaría con un par de sardinas frescas —añadió Paul, con una burlona sonrisa en los labios.

Bruce endureció tanto los músculos del rostro, que parecía que iban a estallarle de un momento a otro.

—Hazte cargo de mi metralleta, Lex —bufó, entregándosela

nuevamente a su compañero.

—Cálmate, Bruce —rogó Lex.

—Me calmaré cuando la cara del tipo esté tan machacada que no lo conozca ni su novia.

—No subimos aquí para pelear con él, sino para llevarnos a la chica.

—Pero la chica ya se largó.

—Tal vez el tipo nos diga dónde fue.

—No seas ingenuo, Lex. Ella no le diría eso a nadie ni aunque la despellejaran viva. Nosotros la torturamos dolorosamente y no conseguimos nada, ya lo viste.

—Hubiera acabado por hablar, lo sé —rezongó Lex.

—Tal vez. Pero a ti se te ocurrió soltarla y tenderla en el suelo, para abusar de ella más cómodamente, y la muy zorra, que sólo fingía estar desvanecida, te propinó un golpe en la frente y te puso fuera de combate, huyendo a continuación.

Lex se mordió el labio inferior.

—Cometí un error, sí.

—Un grave error, Lex. Tan grave, que si no encontramos a la chica, antes de que entregue lo que tú sabes, el jefe nos coserá a balazos a los cuatro.

Lex se estremeció ligeramente.

—Tenemos que encontrarla, Bruce.

Este compuso un claro gesto de escepticismo.

—Las cosas se han puesto muy difíciles, Lex. Casi imposibles. Lex clavó sus ojos en Paul Dawson.

—Si este condenado no hubiera pasado por allí con su maldito cacharro...

—Otro que se mete con mi coche —rezongó Paul.

—Acabaremos con él y con su novia, por haber ayudado a la chica —masculló Bruce.

—Eso no corre prisa, Bruce. Los llevaremos con nosotros y ya acabaremos con ellos cuando lo creamos oportuno. Ralph y Dino se alegrarán. El tipo les hizo mucho daño, cuando los golpeó con la metralleta, y están deseando vengarse. Querían subir con nosotros, ¿recuerdas? Pese a su lamentable estado, querían subir y patearle los testículos al tipo.

—Yo se los patearé primero —sonrió cruelmente Bruce.

—No perdamos más tiempo, Bruce.

—Sólo me llevará un par de minutos.

—Ya le darás su merecido después.

—Se lo voy a dar ahora. Me llamó cara de foca, y eso no se lo perdono yo ni a mi madre. Lex, en vista de que no podía convencer a Bruce, suspiró y dijo:

—Está bien, atízale algunos golpes. Pero procura acabar pronto, ¿eh?

—Será una pelea vista y no vista, no te preocupes —sonrió Bruce, y dio un paso hacia Paul Dawson.

Éste se puso rápidamente en pie y apartó a Nora Ewell, a la cual indicó:

—Ponte en ese rincón, Nora, y no te muevas de ahí, pase lo que pase.

—Paul... —musitó ella, asustada.

—Ten confianza en mí. Nora se situó en el rincón.

Bruce ya estaba delante de Paul.

—Te voy a hacer pedazos, gallito.

—Como no te ayude tu compañero... —se burló Paul.

—¡Me basto solo, amigo! —replicó Bruce, desplegando velozmente su puño derecho. Paul movió la cabeza.

Aunque lo hizo con mucha rapidez, los nudillos de Bruce llegaron a rozarle la oreja. Fue un doloroso refilonazo.

Como si le hubiesen aplicado la brasa de un puro habano. Le pareció que la oreja entera le ardía.

Pero lo que realmente ardió fue el pómulos derecho de Bruce, donde se estrelló, de lleno, el puño de Paul Dawson, en centelleante réplica.

La cabeza de Bruce se fue para atrás, acusando claramente la contundencia del golpe.

Era el momento de colocarle un golpe en el estómago, y Paul no lo dudó. Disparó el puño y se lo incrustó allí.

Bruce se encogió, dando un bramido.

La zurda de Paul entró en acción. En formidable gancho.

Bruce se irguió en el acto.

Paul quiso despellejarle el otro pómulos, pero Bruce consiguió desviarle el puño con el antebrazo y conectarle los nudillos en el mentón.

Casi lo derribó.

—¡Bravo, Bruce! —rugió Lex, muy preocupado hasta entonces, porque Paul Dawson estaba demostrando que sabía utilizar magníficamente los puños.

Bruce intentó repetir el golpe, pero ya no tuvo tanta suerte. Paul burló el puñetazo y respondió con un trallazo a la quijada.

A Bruce le temblaron todos los dientes, pero no llegó a escupir ninguno.

También le tembló el pecho, cuando el puño de Paul se incrustó en el mismo centro de su caja torácica.

El siguiente golpe de Paul Dawson fue detenido por Bruce, que poseía la resistencia de un camello, y el contraataque del matón no se hizo esperar.

Fue un seco puñetazo a la barbilla.

Paul dio un paso hacia atrás.

—¡Duro con él, Bruce! —Relinchó Lex, que había vuelto a preocuparse, porque su compañero recibía mucho más que daba.

Bruce hizo un amago con la derecha, pero soltó la izquierda.

Paul hubiera podido esquivar el golpe, pues adivinó la intención de su rival, pero no quiso.

Tenía a Lex a sus espaldas.

A un par de metros, escasamente.

Recibir un nuevo puñetazo de Bruce le sirvió de excusa para dar otro paso hacia atrás y quedar más cerca aún de Lex.

A menos de un metro. La distancia ideal.

Paul disparó la pierna derecha.

Pero no hacia adelante, sino hacia atrás. Así era más fácil sorprenderlo.

Y lo sorprendió.

Vaya si lo sorprendió.

Su talón se incrustó con tremenda violencia entre los muslos de Lex. Huelga decir que el alarido que lanzó el tipo fue de lo más desgarrador.

Dejó caer las metralletas y él también se dejó caer, roto de dolor. Se llevó ambas manos a los pulverizados genitales y empezó a retorcerse en el suelo, los ojos fuertemente apretados, la cara verde como la menta, la boca espumeante.

Antes de revolversse, Paul le soltó un castañazo a Bruce y lo tiró

al suelo. Empleó un segundo escaso en apoderarse de una de las metralletas.

Otro segundo más en atizarle con ella, en la nuca, a Lex, quien al instante dejó de aullar y de retorcerse como un gusano de seda.

Y dos segundos más para plantarse ante Bruce y estrellarle el cañón de la metralleta en todo el coco.

El tipo puso los ojos en blanco y se desmoronó, con un profundo corte en el cuero cabelludo, que ya chorreaba sangre.

Paul Dawson se volvió hacia Nora Ewell, que estaba boquiabierta.

—¡Rápido, Nora! ¡Tenemos que irnos de aquí! La joven no se hizo repetir la orden.

Paul, sin soltar la metralleta, abrió la puerta y salieron los dos del apartamento.

Nora hizo ademán de lanzarse escaleras abajo, pero Paul la detuvo.

—¡Por ahí no, Nora! ¡Ralph y Dino aguardan abajo, ya lo oíste!

—¡Oh, es cierto! —respondió la muchacha.

—¡Pasaremos al edificio de al lado por la azotea y saldremos por su portal! ¡Vamos, deprisa!

Subieron rápidamente a la azotea.

Había dejado de llover, pero el cielo seguía negro. Paul y Nora saltaron al edificio contiguo. Descendieron las escaleras y alcanzaron el portal. Paul asomó la cabeza, cauteloso.

Descubrió dos coches frente al portal de al lado.

Un «Chevrolet» negro y un «Dodge» marrón oscuro. El «Dodge» estaba vacío. En el «Chevrolet», aguardaban Ralph y Dino.

—¿Ves a los tipos, Paul...? —preguntó Nora.

—Sí.

—¿Nos verán, si salimos?

—No creo. Tienen la vista fija en el otro portal. De todos modos, caminaremos pegados a la pared hasta que estemos más lejos de ellos.

—Dios quiera que no nos descubran.

—La oscuridad de la noche nos favorece. Vamos.

En el instante en que iban a abandonar el portal, un taxi apareció en la calle, alumbrándola con sus faros.

—Espera, Nora —indicó Paul—. Saldremos cuando haya pasado

ese taxi.

—Bien.

Pero el taxi no pasó, sino que se detuvo.

Detrás del «Chevrolet» de Ralph y Dino, precisamente. Segundos después, una joven descendía del taxi.

Lo hizo de forma insegura. Como si estuviese ebria.

La chica, que tenía el pelo negro, era bastante alta y tenía una bonita figura. Paul sintió que se le erizaba la piel.

Aquel pelo...

Aquella figura...

La chica giró la cabeza y Paul pudo verle la cara. Le costó mucho ahogar un grito.

¡Era Samantha!

¡La chica que perseguían Ralph, Dino, Bruce y Lex!

Nora Ewell se dio cuenta de que algo sucedía.

—¿Qué ocurre, Paul...? —inquirió, apretándole el brazo.

—¡El taxi! —exclamó Dawson.

—¿Qué pasa con el taxi?

—¡Se ha detenido detrás del coche de Ralph y Dino, y Samantha ha descendido de él!

—¿Samantha? —Respingó Nora.

—¡Sí! ¡Y parece que apenas puede sostenerse en pie!

—¡Santo cielo! ¡Los tipos la atraparán de nuevo!

—¡Hemos de impedirlo!

—¿Qué podemos hacer, Paul...?

—¡Tú no te muevas de aquí, Nora!

—Pero...

—¡Obedece!

Paul siguió observando desde el portal. El taxi ya se alejaba.

Samantha, con una mano sobre la frente y paso vacilante, trató de alcanzar el portal del edificio donde Paul Dawson tenía su apartamento. No pudo.

Ralph y Dino, como era de esperar, la habían reconocido. Salieron los dos del «Chevrolet» precipitadamente y se abalanzaron sobre la joven. Sin empuñar arma alguna.

También ellos se habían percatado de que la muchacha parecía estar a punto de desmayarse, y poca resistencia podía oponerles.

Así fue.

No les opuso casi ninguna.

—¡Al coche con ella, Dino! —indicó Ralph, cuya cara daba pena.

—¡Sí, rápido! —masculló Dino, con el rostro muy desfigurado también. Fue entonces cuando Paul Dawson intervino.

De un salto se plantó en la acera y apuntó a los tipos con la metralleta.

—¡Quietos ahí! —ordenó—. ¡Al primero que se mueva lo convierto en un colador! Ralph y Dino se quedaron parados, reflejando una gran sorpresa.

El rostro de Samantha se iluminó al descubrir a Dawson.

—Paul... —pronunció, débilmente.

—¿Te sientes mal, Samantha? —inquirió Dawson.

—Tengo mucha fiebre, apenas puedo tenerme en pie...

—Aléjate de los tipos y entra en el «Chevrolet» negro, por la portezuela trasera —indicó Paul.

La joven lo hizo.

En dos ocasiones estuvo a punto de derrumbarse, pero consiguió llegar hasta el «Chevrolet» y meterse en él.

—¡Vosotros dos, al suelo! —ordenó Paul—. ¡Boca abajo y con las manos sobre la nuca!

Ralph y Dino, tras cambiar una mirada, obedecieron.

El primero llevaba su «*Parabellum*» en la funda axilar, pero era demasiado arriesgado intentar sacarla.

Lo más probable es que Paul Dawson los dejase secos a los dos, antes de que él pudiese siquiera tirar del arma.

De ahí que Ralph, al igual que Dino, se tendiese sumisamente sobre la mojada acera.

—¡Nora! —llamó Paul.

La muchacha salió del portal.

—¿Sí, Paul...? —inquirió, temblorosa.

—¡Corre hacia el «Dodge» marrón y mira si las llaves de contacto están puestas! —indicó Dawson. Nora obedeció.

—¡Sí que lo están, Paul! —comunicó.

—¡Apodérate de ellas! Nora las cogió.

—¡Ya las tengo, Paul!

—¡Bien! ¡Ahora entra en el «Chevrolet» negro y pon el motor en marcha! —siguió indicando Dawson.

Nora se introdujo en el coche de Ralph y Dino.

Cuando el motor del «Chevrolet» ya rugía, Paul se sentó junto a Nora y sacó la metralleta por la ventanilla, para seguir apuntando a los tipos.

—¡Por vuestro bien os aconsejo que no tengáis prisa en levantaros del suelo! ¡Si veo que os movéis, os envío un par de docenas de plomos calentitos! —advirtió.

Ralph y Dino siguieron muy quietos.

—¡Arranca, Nora! —indicó Paul.

La joven puso el coche en movimiento.

—¡Pisa el acelerador! Nora lo pisó.

El «Chevrolet» cobró una velocidad de vértigo.

Cuando Ralph se atrevió a extraer su «*Parabellum*», el vehículo negro ya se había perdido de vista.

Lo único que pudo hacer, fue maldecir.

Y acordarse de todos los familiares de Paul Dawson.

* * *

—Ya puedes reducir la velocidad, Nora —indicó Paul Dawson. Nora Ewell suavizó la presión de su pie sobre el acelerador. Paul giró la cabeza y contempló a Samantha.

La joven yacía sobre el asiento trasero. Desvanecida.

Paul Dawson exhaló un suspiro y murmuró:

—En qué lío me has metido, Samantha...

—¿Se ha desvanecido? —inquirió Nora Ewell.

—Sí —respondió Paul Dawson, dejando la metralleta en el piso del coche, junto a la de Dino.

—Pobre muchacha.

—No estaba en condiciones de salir a la calle, ya se lo advertí —rezongó Paul—. Si me hubiera hecho caso...

—Si te hubiera hecho caso, ahora estaría de nuevo en poder de ese póquer de canallas, y tú y yo estaríamos muertos, seguramente —repuso Nora.

—Sí, eso es verdad —tuvo que admitir Dawson—. Los tipos la hubieran sorprendido en mi apartamento.

—Bien —suspiró la joven—. Tú dirás adónde vamos, Paul.

—¿Sabes de algún lugar seguro, donde esas hienas no puedan dar con nosotros?

—Sí.

—¿Cuál?

—La comisaría central de policía. Paul sacudió la cabeza.

—No, la policía no debe intervenir en esto, Nora.

—¿Por qué no?

Paul carraspeó ligeramente.

—No te dije toda la verdad sobre Samantha, ¿sabes?

—Suponiendo que se llame así...

—Eso, suponiendo que se llame así —cabeceó Dawson.

—¿Qué es realmente esa chica, un agente de la CIA?

—Es posible.

—Por lo que hablaron Bruce y Lex, se deduce claramente que Samantha tiene algo que debe entregar a alguien. Y debe ser algo muy importante, a juzgar por el interés que tienen los tipos en conseguirlo.

—Yo opino lo mismo.

—¿Lo llevará encima?

—No lo sé. Cuando yo la recogí en la carretera no lo llevaba, desde luego. Pero pudo haber ido a por ello después.

—Bien. Si no quieres que vayamos a la policía, ¿dónde vamos?
¿A mi apartamento?

—No, allí no podemos volver, por ahora.

—Ya suponía que no.

—Iremos a un motel.

—No está mal pensado.

—Conozco uno que es discreto y económico. Nora lo miró.

—¿A cuántas has llevado allí?

—¿Qué?

—Chicas. ¿Cuántas has llevado a ese discreto y barato motel?

—Ninguna.

—No esperarás que te crea, ¿verdad? Después de lo de la pelirroja Amanda...

—Es la única chica con la que he estado desde que tú me mandaste a paseo, te lo juro.

—¿Con la Biblia en la mano?

—Si tuviera una, la tomaría y lo juraría así, con la mano sobre ella.

—Tampoco te creería.

—Yo no tengo la culpa de que seas tan desconfiada.

—Tipos como tú vuelven desconfiada a la más ingenua de las mujeres.

—Eres injusta conmigo, Nora. Me echaste de tu lado prácticamente a puntapiés, y todavía...

—¿Cómo se llama ese motel? —le interrumpió ella, dando claramente a entender que deseaba cambiar de conversación.

Paul se lo dijo.

Y también dónde se alzaba.

El «Chevrolet» tomó aquella dirección.

* * *

Algunos minutos después, Nora Ewell detenía el coche de Ralph y Dino frente a la oficina del motel escogido por Paul Dawson.

Samantha seguía desvanecida.

Paul salió del coche y pidió un *bungalow*, con dos camas, al tipo que atendía la oficina, un sujeto de mediana edad, regordete y bajo de estatura, con el pelo muy corto.

El encargado del motel le entregó la llave del *bungalow* número seis. Paul se metió de nuevo en el coche.

—El número seis, Nora —indicó la muchacha.

Nora condujo el «Chevrolet» hasta la puerta del *bungalow* señalado.

—Toma, abre tú y enciende las luces —rogó Paul, entregándole la llave del *bungalow*.

Descendieron los dos del coche.

Mientras Nora abría la puerta del *bungalow*, Paul tomó en brazos a la desvanecida Samantha.

La sacó del coche y entró con ella en el *bungalow*.

—Prepara una de las camas, Nora. La joven lo hizo con rapidez.

Paul acostó en la cama a Samantha, le quitó los zapatos, e hizo ademán de cubrirla.

—¿No le quitas la falda y el jersey? —se extrañó Nora. Paul la miró.

—Debería hacerlo, sí.

—¿Y por qué no lo haces?

—Temo que te impresionen demasiado las heridas y las

quemaduras que le causaron ese cuarteto de miserables.

Nora, tras unos segundos de silencio, indicó:

—Hazlo, no te preocupes.

—Ayúdame tú, Nora —rogó Paul.

—Sí.

Entre los dos despojaron a Samantha, con mucho cuidado, del grueso jersey y de la falda, dejándola solo en pantaloncitos, que era lo único que llevaba debajo.

Recuérdese que aquella ropa pertenecía a Amanda, y la descarada pelirroja tampoco usaba sujetador.

Nora Ewell no pudo evitar un estremecimiento de horror al contemplar las pequeñas heridas y las dolorosas quemaduras que salpicaban el cuerpo de la muchacha morena.

—Es... es espantoso, Paul...

—Ya te lo advertí —repuso gravemente Dawson, y cubrió el torturado cuerpo de Samantha con la ropa de la cama.

—Y pensar que a mí estuvo a punto de sucederme algo parecido... —murmuró Nora, apoyándose en Paul.

Éste la tomó por los hombros.

—¿Te sientes mal, Nora?

—Sólo un poco mareada.

—Ven, siéntate en esta otra cama. Nora se sentó en ella.

—Estás muy pálida —observó Paul—. Te daré un poco de agua.

—Ocúpate primero de Samantha. Su frente arde.

—Le daré un par de aspirinas.

—¿Tienes?

—El encargado del motel me las facilitará.

—Corre a pedírselas. Yo ya estoy bien.

—¿Seguro?

—Sí, no te preocupes.

Paul le dio un cariñoso beso en la mejilla y salió del *bungalow*.

Poco después estaba de vuelta, con el par de aspirinas y con una de las metralletas de los matones.

Era difícil que los tipos pudiesen dar con ellos, pero, por si acaso...

Paul dejó el arma sobre la cama que ocupaba Samantha y trató de hacer volver en sí a la joven.

Le costó un poco, pero lo consiguió. Ella le sonrió suavemente.

—Paul...

—Abre la boca, Samantha.

—¿Qué vas a darme?

—Un par de aspirinas. Te bajarán la fiebre. Samantha abrió la boca.

Paul le puso el par de comprimidos sobre la lengua y luego le acercó el vaso de agua a los labios.

La joven engulló las aspirinas.

Casi enseguida, preguntaba:

—¿Dónde estamos, Paul?

—En un motel.

—¿Un motel...?

—El sitio más seguro donde podía llevarte.

Samantha desvió los ojos hacia Nora Ewell, que seguía sentada en la otra cama.

—¿Quién es ella? —preguntó, con cierta desconfianza.

—Nora, una buena amiga. Me prestó ropa para ti, pero llegamos tarde. Tú ya no estabas en mi apartamento. Amanda, otra amiga mía, ocupaba tu lugar en la cama. Desvanecida..., y desnuda.

Samantha se mordió los labios, avergonzada.

—Le di un golpe en el cuello y le quité la ropa —confesó.

—Eso estuvo muy feo, Samantha —la recriminó Paul.

—Lo sé.

—¿Por qué lo hiciste?

—Me urgía ver a alguien.

—Yo iba a traerte ropa.

—No podía esperar.

—¿Conseguiste ver a esa persona? —inquirió Paul.

—No.

—¿Qué pasó?

—Me fallaron las fuerzas. Tú tenías razón, Paul. No estaba en condiciones de salir a la calle, me hallaba demasiado débil. Me subió la fiebre y empecé a sentir mareos. No tuve más remedio que regresar a tu apartamento. Eres la única persona en quien puedo confiar plenamente.

—Eso no lo dudes —le sonrió Dawson.

—¿Cómo es que Ralph y Dino aguardaban frente a tu apartamento? —interrogó Samantha.

Paul se lo refirió todo brevemente, Samantha no podía creer lo que oía.

—¿De veras pusiste fuera de combate a Ralph y Dino, en el apartamento de Nora, y a Bruce y Lex, en el tuyo...?

—Sí.

—¡Es increíble!

—Tenía ganas de sacudirles desde que me detuvieron en la carretera. Y esas ganas aumentaron cuando descubrí lo que habían hecho contigo. Y aún se acentuaron más cuando vi que intentaban hacer algo parecido con Nora. Son cuatro ratas humanas. Se merecían que les hubiese aplastado el cráneo.

Samantha sonrió.

—Eres un gran tipo, Paul. La chica que se case contigo, será una mujer feliz.

—No piensa casarse, por ahora —intervino Nora, irónica. Paul tosió.

—Bien, Samantha. Creo que ha llegado el momento de hablar. En mi apartamento respeté tu silencio porque dijiste que saber cosas de ti podría comprometerme. Apenas he averiguado nada, pero ya estoy comprometido. Y Nora también. Los tipos querían matarnos a los dos, después de cometer todo tipo de salvajadas con nosotros.

La joven bajó la mirada.

—Siento mucho haberos complicado en esto, Paul.

—Eso ya no tiene remedio.

—Ya sé que no.

—¿Qué eres tú, Samantha?

—Trabajo para la CIA.

—Algo así me suponía.

—Mi misión consiste en entregar ciertos documentos a otro agente, aquí, en Los Ángeles. Bueno, unas fotocopias de dichos documentos, para ser exacta.

—¿Y quién tiene esas fotocopias?

—Yo, naturalmente.

Paul y Nora intercambiaron una mirada.

Ellos habían desnudado a Samantha, con la sola excepción del reducido pantaloncito rosa, y no encontraron nada.

Samantha sonrió.

—Os estáis preguntando dónde guardo esas importantes

fotocopias, ¿verdad?

—Pues sí —asintió Dawson, intrigado.

—Os lo diré si tú, Paul, te comprometes a llevárselas al agente que debe recibirlas. Dawson respingó.

—¿Llevárselas yo...?

—Yo no puedo hacerlo, Paul. Lo intenté, pero estoy muy mermada de fuerzas.

—Bueno, ya las entregarás cuando te hayas repuesto, no te preocupes. La agente de la CIA movió la cabeza negativamente.

—Tiene que ser esta noche, Paul. Si no acudo a la cita, el otro agente pensará que he caído en manos de los hombres de Keith Rattigan, el tipo que persigue esas fotocopias, y no me esperará, por temor a que me hagan hablar y él sea atrapado también.

—Pero...

—No correrás ningún peligro, Paul. Rattigan no sabe a quién ni dónde debo entregar las fotocopias. Efectuarás la entrega con toda normalidad —aseguró Samantha.

—Pero, ese agente te espera a ti, y cuando me vea llegar a mí...

—Él espera a otro agente, pero ignora de quién se trata. Ni siquiera sabe si es hombre o mujer. La CIA suele trabajar así, Paul. Cuanto menos sepa un agente, de los otros agentes que van a intervenir junto con él en una determinada misión, mejor. Con conocer el nombre clave de la operación, basta. Y ésta se llama Operación Cactus.

—Operación Cactus... —repitió quedamente Dawson.

—Sí. Dale ese nombre al agente, y él sabrá enseguida que eres el agente que le lleva las fotocopias de los documentos.

Paul miró a Nora.

—Parece sencillo, ¿no? Ella, preocupada, repuso:

—Nada que esté relacionado con la CIA puede ser sencillo, Paul.

—¿Opinas que no debo ir?

—Tú no eres un agente, Paul. ¿Por qué arriesgarte?

—Samantha no puede ir, no está en condiciones.

—Tú no tienes la culpa.

—Me gustaría ayudarla, Nora.

—¿No la has ayudado bastante ya? Has estado a punto de morir por ello. Y yo también. Creo que debe estarte agradecida, aunque no le lleves las dichas fotocopias al otro agente.

Dawson quedó pensativo. Samantha dijo:

—Nora tiene razón, Paul. No puedo pedirle que lleves las fotocopias, ya has hecho demasiado por mí.

—Pero, si yo no voy...

—Tendré que ir yo.

—No puedes, estás muy débil.

—Lo intentaré, Paul; es preciso. Dawson se decidió:

—Tú no te moverás de esta cama, Samantha. Yo llevaré las fotocopias. La agente de la CIA miró a Nora Ewell.

—Nora opina que...

—Nora me quiere, y es lógico que no desee que me arriesgue — la interrumpió Dawson. Nora pareció que iba a negarlo, pero no llegó a despegar los labios.

—¿La quieres tú a ella, Paul? —preguntó Samantha.

—Sí.

—Oh...

Paul inquirió:

—¿Dónde guardas esas fotocopias, Samantha? La agente sonrió y abrió la boca.

—¿Qué pasa, quieres más aspirinas? —preguntó Dawson, extrañado. Samantha rió.

—Eso no ha tenido gracia, Paul.

—Como has abierto la boca...

—Porque en ella guardo las fotocopias —reveló la agente.

—¿Qué...? —exclamó Paul, perplejo.

—¿En la boca...? —repitió Nora, no menos perpleja.

—Es un microfilme, y está dentro de una muela falsa, tan bien colocada, que ni la más furiosa de las bofetadas la haría saltar — explicó Samantha, quien, seguidamente, se introdujo los dedos en la boca y extrajo la muela que no era de ella.

Dentro de la muela falsa había un diminuto objeto forrado con papel de plata. Samantha lo sacó y se lo entregó a Dawson.

—Aquí tienes el valioso microfilme, Paul. No vayas a perderlo, ¿eh? —sonrió.

—Sorprendente... —musitó Dawson, que no salía de su perplejidad.

—Los hombres de Rattigan me sometieron a tortura, para que les dijese en qué lugar escondía las fotocopias, sin sospechar en

ningún momento que se trataba de un microfilme y que yo lo llevaba encima.

—Claro, cómo iban a sospecharlo. Te habían quitado toda la ropa, sin encontrar nada... Samantha se colocó nuevamente la muela falsa y luego indicó a Dawson el lugar donde debía encontrarse con el otro agente.

—¿Lo has entendido bien, Paul?

—Sí, perfectamente —asintió Dawson.

—No pierdas más tiempo —apremió la agente.

—Voy para allá.

—¿Se molestará Nora, si te doy un beso? La otra vez te dio suerte...

—Una suerte bárbara —rezongó Nora. Paul carraspeó.

—¿No te importa, Nora?

—A mí qué me va a importar —gruñó la joven. Paul se inclinó sobre Samantha y la besó. Luego, echó a andar hacia la puerta. Rehuyendo la mirada de Nora.

Ésta masculló:

—Y a mí que me parta un rayo, ¿no? Paul se detuvo en el acto.

—¿De veras quieres que te de un beso, Nora...? —preguntó, sorprendido.

—¿Por qué voy a ser menos que ella?

Paul se acercó rápidamente a ella y la besó.

—No sabes lo contento que me voy, Nora.

—Que vuelvas, es menester.

—No temas por mí, no me sucederá nada.

Nora Ewell desfrunció el ceño y le miró tiernamente.

—Ten mucho cuidado, Paul.

—Lo tendré, te lo prometo. Y tú cuida de Samantha.

—Lo haré.

Dawson ya se iba de nuevo hacia la puerta, cuando oyó decir a la agente de la CIA:

—¿No te llevas la metralleta, Paul? Dawson se volvió.

—Hay otra en el «Chevrolet» negro. Esa guárdala tú, Samantha. No creo que corráis ningún peligro aquí, pero nunca se sabe.

—Tienes razón, Paul. La ocultaré bajo las mantas, y si recibimos alguna desagradable visita, haré uso de ella. Para darle al gatillo aún tengo fuerzas —sonrió la agente, escondiendo la metralleta.

—Espero que no sea necesario —sonrió también Dawson, y salió del *bungalow*.

CAPÍTULO X

Paul Dawson se sentó al volante del «Chevrolet» de Ralph y Dino. Alargó la mano hacia la llave de contacto.

Lo hizo instintivamente. Sin mirar, siquiera.

Si hubiera mirado, se habría dado cuenta de que las llaves del coche habían desaparecido.

Pero lo descubrió igualmente, al advertir que sus dedos no encontraban las llaves. Paul frunció el ceño.

¿Las habría quitado Nora?

El, desde luego, no recordaba que la joven las hubiera sacado, cuando detuvo el coche frente al *bungalow*.

De pronto, dio un respingo.

¡La otra metralleta no estaba!

¡Había desaparecido!

Paul empezó a sospechar la verdad.

Aquello era cosa de los hombres de Keith Rattigan. Estaban allí. En el motel.

Él no podía verles, pero estaban allí.

Ellos habían cogido las llaves del coche y la metralleta.

¿Cómo diablos habían podido dar con ellos?

¡Y tan pronto! Bien. Había que hacer algo.

Y lo más sensato era saltar del coche y meterse corriendo en el *bungalow*.

Afortunadamente, Samantha tenía una metralleta. Y estaba seguro de que sabría utilizarla bien.

No en vano era un agente de la CIA.

Paul Dawson llenó sus pulmones de aire.

Se estaba preparando para saltar del coche, cuando un objeto duro y frío se clavó en su nuca.

—Ni un solo movimiento, Paul —advirtió una voz no menos dura y fría que el objeto que presionaba en su nuca. No era Ralph quien hablaba.

Ni Dino.

Ni Bruce. Ni Lex.

Paul miró el espejo interior del coche.

Por allí pudo ver al tipo que se había mantenido escondido en la parte trasera del «Chevrolet», silencioso como un muerto. Unos treinta y cinco años de edad.

Pelo rubio. Ojos claros.

Claros..., y siniestros.

En ellos parecía brillar la muerte.

El desconocido esgrimía una «Magnum», con tubo silenciador acoplado al cañón. Era eso lo que presionaba sobre la nuca de Paul.

Éste, después de humedecerse los labios con la lengua, inquirió:

—¿Quién es usted?

—Me llamo Rattigan.

—¿Keith Rattigan...?

El tipo sonrió gélidamente.

—Vaya, veo que la agente de la CIA ya te ha hablado de mí...

—¿Cómo ha dado con nosotros?

—No me fío del todo de mis hombres, son capaces de jugármela. Por esa razón, coloqué sendos micrófonos en sus coches, perfectamente disimulados. Gracias a ello supe que la agente se les escapó, por culpa del estúpido de Lex; que tú la recogiste en la carretera y la llevaste a tu apartamento; que Ralph y Dino encontraron tu coche estacionado frente al apartamento de esa tal Nora; que tú les atizaste a los dos; que también les sacudiste a Bruce y Lex; que volviste a sorprender a Ralph y Dino; que te llevaste su coche y las llaves del «Dodge» de Bruce y Lex... Eso, el que huyerais en el «Chevrolet» de Ralph y Dino, fue lo que os perdió, porque me permitió enterarme de que traíais a la agente a este motel.

—Y se vino usted rápidamente hacia aquí...

—Así es.

—¿Por qué no irrumpió en el *bungalow*?

—Estoy esperando a los muchachos.

—¿Se refiere a esas ratas de Ralph, Dino, Bruce y Lex?

—Por supuesto. Me telefonearon para informarme de lo que les

había pasado. Por suerte, yo aún no había salido hacia aquí, y les ordené que vinieran a este motel.

—¿En taxi? —sonrió Paul, recordando que Nora tenía las llaves del «Dodge» de Bruce y Lex.

—Les ordené que robaran un coche.

—Eso está muy feo.

—Más feo está tu futuro, muchacho. Y el de la chica de la CIA. Y el de esa Nora.

—¿Piensa matarnos a los tres?

—En cuanto tenga en mi poder ciertos documentos que guarda la agente.

—Ella jamás le dirá dónde están.

—Te equivocas. Yo soy mucho más «persuasivo» que esos cuatro inútiles que tengo a mis órdenes.

—La agente soportará cualquier tortura.

—Es posible. Pero ya verás cómo no soporta que mis hombres se ensañen contigo y con esa Nora. La habéis ayudado mucho, y no puede pagaros así, permitiendo que mis muchachos cometan los actos más atroces con vosotros.

Dawson apretó las mandíbulas.

—Usted también es una rata repugnante, Rattigan.

—Lo sé —admitió el tipo, sonriendo.

—Me gustaría vérmelas con usted, en igualdad de condiciones.

—Lo siento, pero no puedo complacerte. Yo no soy tan imbécil como Bruce, nunca corro riesgos innecesarios.

—Eso tiene un nombre: cobardía.

Keith Rattigan desgranó una risita.

—No pierdas el tiempo tratando de picarme, no lo conseguirás. Paul guardó silencio.

Se preguntó qué podía hacer.

Lo de enfadar a Rattigan, había que descartarlo.

El tipo era demasiado listo, no mordería el anzuelo, por mucho que le insultara. Pero algo tenía que intentar.

Y antes de que llegaran Ralph, Dino, Bruce y Lex. Fatalmente para él, los tipos llegaron en aquel momento.

A bordo de un «Chrysler» azul que le daba cien patadas al suyo.

Detuvieron el coche detrás del «Chevrolet» y los cuatro saltaron rápidamente al suelo. Bueno, Lex, no tan rápidamente.

Todavía sentía mucho dolor entre las piernas, y eso le impedía moverse con normalidad. Ralph empuñaba su «*Parabellum*».

Dino, que no llevaba armas, se apoderó de la metralleta que Keith Rattigan había puesto en la parte de atrás del «Chevrolet».

Rattigan ordenó:

—Abajo, Paul.

Dawson maldijo por lo bajo, pero no tuvo más remedio que obedecer.

—Adentro —indicó Rattigan, señalando con su «Magnum» la puerta del *bungalow*.

Paul echó a andar, tenso como una cuerda de violín.

Sabía que la agente de la CIA tenía una metralleta, pero... Eran cinco hombres.

Y todos iban armados.

Samantha no podría con los cinco. Tenía que ayudarla de alguna forma.

—Abre la puerta —ordenó Rattigan. Paul se dispuso a hacerlo.

En el preciso instante en que sus dedos rozaban el tirador de la puerta, oyó gritar a Samantha:

—¡Al suelo, Paul!

Tanto Dawson como Rattigan y sus hombres se volvieron en el acto, pues la voz de la agente de la CIA había sonado a sus espaldas.

Respingaron todos al descubrir a la joven morena, en jersey y pantaloncitos, y descalza, pero con una metralleta en las manos, firmemente empuñada. Paul fue el primero en reaccionar.

Saltó sobre los tipos y derribó violentamente a Rattigan y Ralph, mientras gritaba:

—¡Dispara, Samantha!

La agente hizo ladrar su metralleta.

Casi al mismo tiempo, Bruce y Dino hacían ladrar las suyas, y Lex, su «Luger».

Pero la fracción de segundo que les llevaba de ventaja la agente de la CIA fue decisiva, pues cuando Bruce, Dino y Lex le dispararon sus armas, ya tenían varios plomos metidos en el cuerpo, razón por la cual sus balas partieron faltas de dirección.

Rattigan, desde el suelo, abrió fuego contra la agente de la CIA.

En el instante justo en que presionaba el gatillo de su «Magnum», una bala le reventó la cabeza.

El proyectil había partido de la «*Parabellum*» de Ralph, pero no fue éste quien disparó, sino Paul Dawson.

Ralph había perdido el arma en su caída, y Paul se había apoderado de ella con rapidez. Por desgracia para Keith Rattigan, claro, que se había ido al otro mundo sin lograr su objetivo.

Ralph ya estaba saltando sobre Paul, dispuesto a recuperar su pistola. Dawson movió la «*Parabellum*» y apretó de nuevo el gatillo.

Ralph aulló, al recibir el impacto en el hombro.

Un segundo después, la agente de la CIA le enviaba una ráfaga. La espalda de Ralph quedó salpicada de sangrantes orificios.

El tipo, claro, quedó tan muerto como Rattigan, Bruce, Dino y Lex.

La agente de la CIA, con el cañón de la metralleta humeante todavía, se tambaleó.

Había sacado fuerzas de flaqueza para hacer frente a una situación tan complicada como aquélla, y ahora volvía a sentirse débil, muy débil.

Paul Dawson se puso en pie de un salto, arrojó la «*Parabellum*», y corrió a sostener a la agente.

—¡Samantha! —exclamó Nora Ewell, surgiendo de detrás del «Chrysler» robado por los hombres de Rattigan.

—¡Al coche, Paul, deprisa! —indicó la agente—. ¡La policía no tardará en aparecer, y no me conviene que me encuentren aquí!

Dawson la tomó en brazos y la metió rápidamente en la parte de atrás del «Chrysler» azul, pues no olvidaba que las llaves del «Chevrolet» negro las había quitado Rattigan, y no era cosa de ponerse a registrar sus bolsillos.

Cuando se sentó al volante, Nora ya se hallaba junto a él.

Paul puso el motor en marcha y el «Chrysler» arrancó como una exhalación, alejándose del motel.

* * *

Paul Dawson giró un instante la cabeza y miró a la agente de la CIA. Temía hallarla desvanecida, pero, afortunadamente, no fue así.

Ella le sonrió.

—¿No te dije que el beso te daría suerte, Paul?

—Por todos los diablos... —masculló Dawson—. ¿Cómo

supisteis lo que sucedía fuera del *bungalow*? ¿Y por dónde salisteis?

—Por la ventana del cuarto, de baño, que da a la parte de atrás —explicó la agente—. Me di cuenta de que no ponías en marcha el «Chevrolet», y eso me extrañó. Le rogué a Nora que mirara por la ventana, procurando no ser vista desde fuera. Nora descubrió que un tipo te apuntaba con una pistola, desde el asiento trasero. Inmediatamente salté de la cama, me enfundé el jersey, y tomé la metralleta. Con la ayuda de Nora, pude saltar por la pequeña ventana del baño. Ella también saltó. Rodeamos sigilosamente el *bungalow*. En ese momento llegaron los hombres de Rattigan. Esperé a que te sacaran del «Chevrolet» y entonces actué.

—¡Y cómo! —exclamó Dawson, asombrado todavía por la efectividad y bravura de la agente de la CIA.

Samantha sonrió.

—No hubiera podido con todos de no haber contado con tu ayuda. Derribaste a Rattigan y a Ralph, te apoderaste de la pistola de éste y enviaste al infierno a Rattigan, justo cuando él disparaba sobre mí. También le metiste un plomo a Ralph.

—No podía quedarme cruzado de brazos, Samantha.

—Te doy las gracias una vez más.

—No tiene importancia. Nora Ewell intervino:

—¿Cómo dio Rattigan con nosotros, Paul?

Dawson contó lo de los micrófonos ocultos del «Chevrolet» negro y del «Dodge» marrón.

—Muy astuto, el tipo —rezongó Nora.

—De poco le ha servido —dijo la agente de la CIA.

—¿Te sientes mejor, Samantha? —preguntó Paul.

—Sí, mucho mejor. Tanto, que voy a ir contigo a efectuar la entrega del microfilme —respondió la agente.

—¡Magnífico! —exclamó Dawson.

EPÍLOGO

Casi una hora después, un taxi se detenía frente al edificio de apartamentos donde vivía Nora Ewell.

Paul y Nora descendieron de él.

Habían dejado abandonado el «Chrysler» azul cerca del lugar en donde Samantha y el otro agente de la CIA se habían puesto en contacto.

El agente que debía recibir el microfilme no sólo se hizo cargo de éste, sino también de Samantha, al conocer el estado en que la joven se encontraba. La agente no puso ningún reparo.

Sabía que él la llevaría a un lugar donde sería atendida con absoluta discreción, sin tener que responder a preguntas embarazosas, y donde podría permanecer hasta que se restableciese totalmente.

La despedida de Samantha y Paul había sido muy emotiva.

—Siempre te recordaré con gratitud y cariño, Paul —dijo ella.

—Y yo a ti, Samantha. O como te llames... —repuso Dawson.

—Que seas muy feliz con Nora.

—Lo seré, estoy seguro. Ya no hablaron más.

El coche del agente de la CIA partió, llevándose a Samantha. Fue entonces cuando Paul y Nora tomaron el taxi.

Durante el trayecto, no cambiaron una sola palabra. El taxista no debía enterarse de nada.

Paul esperó a que el taxi se alejara y entonces preguntó:

—¿Puedo subir a tu apartamento, Nora?

—¿Para qué?

—Tenemos que hablar.

—¿Hablar? Yo quiero hechos, no palabras.

—Estoy dispuesto a casarme contigo, Nora.

—¿Cuándo?

—Cuando sea médico, y ejerza mi profesión.

—Falta mucho para eso.

—Sólo unos meses.

—Suponiendo que apruebes.

—No he suspendido ningún curso.

—Ya sé que no.

—Si pudiera, me casaría contigo mañana mismo, pero...

—Sí que puedes, Paul.

—¿Y vivir a tu costa?

—No seas desagradable.

—Lo siento, pero ésa sería la realidad. Y yo no podría aceptarla, Nora.

—Pero...

—No insistas, Nora, te lo ruego. Te quiero, y deseo que seas mi mujer, pero antes tengo que obtener el título y ponerme a trabajar. Entonces será el momento de crear una familia, no ahora.

—¿Y cómo sé yo que cumplirás tu palabra?

—Si temes que pueda volverme atrás, es porque no tienes ni idea de lo mucho que significas para mí. Parece mentira que después de las muchas noches que hemos pasado juntos, no sepas todavía que...

Nora le puso la mano sobre la boca y le hizo callar.

—Corta el rollo, Paul.

Dawson retiró la mano femenina con cierta brusquedad.

—¿A esto le llamas tú «rollo»? —Gruñó, enfadado.

—Como te he dicho antes, yo quiero hechos, no palabras. Y con hechos tendrás que convencerme —repuso Nora, y empezó a subir las escaleras. Paul no la siguió.

Al darse cuenta de ello, Nora volvió la cabeza y dijo:

—¿Qué haces ahí, por qué no subes? Paul respingó.

—¿Que suba?

—Hombre, si quieres convencerme con hechos... —sonrió atrevidamente Nora.

—¿Que si quiero...? ¡Ahora verás si quiero! —exclamó Paul, y se lanzó tras ella. Nora también corrió.

Paul corrió más que ella y la alcanzó.

La hizo caer en un rellano de la escalera.

Y parecía tan decidido a «convencerla» allí, que Nora gritó:

—¡En la escalera no, Paul!

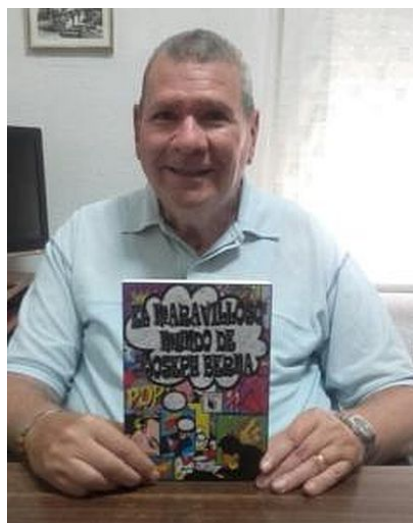
—¿Por qué?

—¡Es muy incómodo!

Paul la tomó en brazos y se irguió.

—Tienes razón, Nora. Hay sitios mucho mejores —dijo, y se fue con ella para arriba, entre risas, besos, y algún que otro mordisquito.

FIN



Joseph Berna nació en Xàtiva (Valencia), España en 1946.

Joseph Berna es el seudónimo utilizados por José Luis Bernabeu López, uno de los escritores más prolíficos, junto a nombres como Clark Carrados, Lou Carrigan o Curtis Garland, de las ya legendarias novelas baratas de Bruguera, historias pulp de leer y tirar que con sus tramas formulistas, narraciones llenas de ritmo, personajes estereotipados, lenguaje sencillo y recurrente, tramas de terror o ciencia-ficción, con dosis de erotismo y humor, logran con eficacia su digno objetivo escapista.

Cursa sus primeros estudios en el colegio "La Ferroviaria", del que guarda un grato recuerdo de su profesora "Doña Consuelo" que le apodó con el nombre de "Tragalibretas" debido a la rapidez con que las terminaba y lo poco que le duraban los trabajos. Más tarde ingresa en el instituto "José de Rivera" donde cursa bachillerato, en esta época se traslada a vivir a Elche para un poco después ya con dieciséis años residir definitivamente en Valencia.

Entre sus múltiples relatos, editados en los años 70 por Bruguera y más tarde, como Bolsilibros, por Ediciones B, aparecen títulos como "Seis cadáveres en potencia", "El reino de los seres de hielo", "La mansión de los mil y un horrores", "El coleccionista de seres", "El

terror cayó del cielo” o “El planeta robotizado”.